This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Span 5769.1.30

Harvard College Library

FROM THE

SALES FUND

Established under the will of Francis Sales, Instructor in Harvard College, 1816–1854. The will requires the income to be expended for books "in the Spanish language or for books illustrative of Spanish history and literature."

LA LEYENDA ANDALUZA

ES PROPIEDAD

JUAN HÉCTOR

LA LEYENDA ANDALUZA

CUENTOS Y CRÓNICAS

SEVILLA
Est. Tip. de Francisco de P. Díaz, Gavidia 6
1901

Span 5769.1.30

HARVARD COLLEGE
JUN 1 1904
LIBRARY.

Sales fund

Á Pedro Balgañón.

Maestro: Que esta sencilla dedicatoria sea un lazo más en la fraternal amistad que nos une.

J. H.

AL LECTOR

Lector, como el protagonista de un cuento que anda de boca en boca me presento á mí mismo.

Fácil me hubiera sido encontrar un amigo que me escribiese un prólogo, en el cual, á vuelta de lucir las galas de su estilo y los primores de su ingenio, me hubiese dicho cosas por este arte: Joven, V. promete; tiene V. tal y cual defectillo; pero si persevera en el trabajo, llegará al pináculo... En suma, por-

ción de lindezas que sé de coro, con las cuales no ganaban un ardite mis cuentos, si es que valen algo. Si nada valen, por ser rematadamente malos, más notoria resulta aún la inutilidad del prologuito.

He ahí por qué prefiero entenderme cara á cara contigo sin intermediario alguno. El que escribe lo hace para el público, juez supremo é inapelable, que premia ó condena las bellezas ó desaciertos de las obras literarias. Es esta una verdad que á todos alcanza y en particular, á los que como yo, no escriben para la posteridad; como estoy convencido de ello, quiero directa y brevemente decirte algo acerca del libro que en las manos tienes.

«Retazos» debiera ser su título, pues

lo son por su heterogeneidad y descosimiento los trabajos que lo componen. Escritos en tiempos diversos y bajo impresiones de momento, no creo tengan otro mérito que el de ser sinceros por ser debidos á una pluma libre de trabas y convencionalismos al uso. No soy modernista, ni escritor de tesis, ni trato de resolver problemas, ni mucho menos, de enseñar á nadie. Procuro lisa y llanamente expresar los pensamientos y ensueños sugeridos por el espectáculo de la vida.

Escribo desinteresadamente y porque me produce placer el hacerlo; el día que logre transmitir la emoción sentida á quien me lea, me tendré por venturoso y satisfecho.

Por último, y para concluir, quiero,

lector, que consideres que en el arte, como en toda esfera de la actividad humana, existen figuras colosales que pasan á la posteridad y pigmeos cuyos trabajos quedan ignorados porque son flor de un día; grandes maestros y humildes aprendices; y que tanto unos como otros, tienen razones que justifiquen su existencia: considera también, que á la par que te deleita y emociona el teatro con sus producciones admirables, te entretienen y divierten esas vagas siluetas que el prestidigitador sin otro artificio que sus manos finge en un blanco lienzo. He ahí lo que son mis cuentos comparados con las creaciones vivas de los grandes maestros; sombras que remedan seres. Si á pesar de su inconsistencia y vaguedad lograse con ellos ha-

certe olvidar una pena, evocar un pensamiento agradable en tu cerebro, ó una sensación deleitosa en tu pecho, entreteniéndote en suma, por momentánea y fugazmente que fuese, doy por bien empleado el tiempo y el trabajo que invertí en escribirlos.

Sevilla, 1901.

LA LEYENDA ANDALUZA

LA LEYENDA ANDALUZA

Comienza el siglo XX, y Andalucía es, no ya para los extranjeros, que aun los de más talento desvarían al tratar de las cosas de España, sino para gran parte de los españoles, una región poco menos que ignorada. Afirmo esto, porque el concepto que de Andalucía se tiene, es generalmente fabuloso y quimérico, una leyenda atiborrada de falsos colorismos y de sentimentalismos hueros.

Los vates que en esta tierra se pro-

ducen por generación espontánea y á centenares como los grillos, son los que más han contribuído al adorno y embellecimiento de la leyenda. Escuchad sus liras. El suelo andaluz es un vergel, algo así como una sucursal del Paraíso. El aire es más puro y perfumado que en parte alguna; el cielo más azul y diáfano; sus luminares más brillantes. Ríos que son sierpes de plata murmuran entre limoneros y naranjos de eterno verdor. Los ruiseñores cantan á todas horas; la alondra remonta el vuelo; todo sonríe, todo brilla, la Naturaleza se emborracha en una loca orgía de luces, aromas y sonidos.... ¿Qué tal? Muy bonito; pero tan bonito como falso.

Continuemos. Dejemos lo rústico y

entremos en lo urbano. La ciudad es bella porque es árabe; pueblo moruno de calles obscuras y tortuosas; grandes caserones de paredes enjalbegadas, con espaciosos patios de mármol, donde el consabido surtidor deja oir la canturia de su hilo de cristal. Las azoteas son jardines que harían agostarse de envidia, si existiesen, á los babilónicos pensiles. Las rejas que protegen los morunos edificios son encajes de hierro, filigranas del arte de Vulcano; enredaderas mil hacen de cada uno de estos férreos prodigios un cuadro de florido verdor; la luna baña siempre todo esto en su tenue y poética claridad, y en el misterioso silencio de la noche vibran como quejidos los acordes de una guitarra.

Conocido el decorado, veamos los actores. Las mujeres son siempre bellísimas. Los ojos azabache; ala de cuervo el color del cabello; coral los labios; perlas la dentadura; el pie breve y arqueado; sutil la cintura; el andar gracioso y elegante. Estas privilegiadas hembras se peinan de un modo primoroso, y llevan con singular donaire el clásico mantón de Manila. Su gracejo é ingenio en el parlar, son inenarrables. En el amor, son árabes de pura raza; fieles hasta la muerte; celosas hasta el crimen. Así son ellas.

Véase cómo son ellos. El galán ha de ser por fuerza flamenco ó aflamencado. Tipo moreno y aguileño. Muy buen mozo. Viste de corto. Se canta con sentimiento por todo lo hondo;

rasguea una guitarra como el primero; á aguantar manzanilla no hay quien le aventaje, y en echando mano á la navaja se queda solo.

Aquellas mozas y estos garzones, tienen, como es lógico, tiernísimos amores, con el correspondiente cortejo de dudas, celos, desengaños, penas y alegrías; todo lo cual da pie para un nutrido tiroteo de coplas flamencas, si es que se encuentran en una juerga, ó á un poético y delicado coloquio, si la entrevista se efectúa á través de la florida y primorosa reja antes descrita.

Los pintores—y eso que aquí los hay de primer orden—también han ayudado á la buena obra, y no me refiero ya á las panderetas y azulejos, mediante los cuales la chula, la Giralda

y la Torre del Oro, son nuestros representantes en tierras extrañas, sino á obras de artistas apreciables que, dejándose llevar del gusto imperante ó del afán del lucro, han escogido como asunto para sus cuadros las mismas falsas y afectadas escenas que sirven de tema á la poesía.

Es, pues, la región andaluza, para los que no la conocen más que por la leyenda que han forjado los poetas é ilustrado los pintores, una tierra quimérica, llena de encantos, rica y felicísima, poblada por diosas de mantón de Manila y mozos de calañés y chaqueta corta.

Andalucía, preciso es decirlo, está por descubrir. Sus escritores no sólo no observan la vida, sino que desfigu-

ran la realidad con un colorismo tan deslumbrante como mentiroso y vacío. La mentira para que sea bella ha de parecerse á la verdad. De no ser así, la obra de arte resulta superficial y efímera. Esta es, entre otras, una de las razones que explica el por qué apenas si hay en esta región novelistas y autores dramáticos de empuje. En cambio, pululan los poetas, simples rimadores de palabras, cuyas obras carecen de médula y substancia.

Hay que descubrir la Andalucía verdad. Que la obra es necesaria y benéfica, no cabe dudarlo; véase si nó el efecto producido por los artículos de Carlos del Río sobre el societarismo en los campos.

El vergel andaluz, las sierpes de

plata, el ruiseñor canoro, todo se ha desvanecido ante un soplo de la realidad. Millares de hombres bajo un sol de justicia y en una atmósfera de fuego, trabajan brutalmente ganando apenas el pan necesario para sustentar sus familias. El esclavo quiere manumitirse y reclama su parte en el manoseado banquete de la vida. El amo ciérrase á la banda y mantiene su señorío amparado por la ley y por la fuerza pública, los dos pilares en que se apoya la riqueza. He aquí un trozo real de la Andalucía verdadera, de la que trabaja, espera y sufre.

Destruyamos la leyenda que nos deshonra. Pintemos á la mujer tal y como es, más bien fea que bonita, graciosa, con desparpajo de pilluelo de

calle, nada poética, ignorante y fanática, y, no obstante, poseedora de hermosas virtudes.

Los hombres, vulgares y groseros, sin ingenio, gracia ni educación, amigos de zambras y toros, y, con todo, sobrios y muy aptos para artes y oficios. El clima, brutal en el verano. El campo yermo, despoblado y monótono, sin árboles ni casas é inculto en su mayor parte. La ciudad tortuosa, fea, mal oliente y malsana. La reja sin flores ni calados, y el poético coloquio, vulgar conversación de novios, á los que muchas veces acontece lo que á Pablillos en *El Gran Tacaño,* que se van al infierno tan sólo por el tacto.

Andalucía no debe seguir siendo el país de un abanico valenciano, tierra

de chulos y manolas, de procesiones y toros, manzanilla y guitarra.

Nuestro suelo es fecundo; nuestra raza prolífica como ninguna; unid los brazos inactivos á la tierra inculta y veréis surgir como por obra de magia la Andalucía de mañana, rica, alegre, exuberante de vigor y de vida.

Y entre tanto el milagro no se realiza, los hombres de buena voluntad hagamos cuanto nos sea posible por destruir la bárbara leyenda que hace de nosotros un pueblo pintoresco y retrasado, uno de esos pueblos semisalvajes á los que acuden los extranjeros, ya por curiosidad, ó bien con objeto de estudiar costumbres primitivas y exóticas desaparecidas mucho tiempo ha en el mundo civilizado.

GANARÁS EL PAN...

GANARÁS EL PAN....

Lector, si por ventura no crees en el ingenio, gracia y donaire de los andaluces, presta un momento de atención al relato de un hecho rigurosamente histórico; que, aunque de poca monta, bastará para desvanecer el error en que vives.

Érase un día de Agosto á las cuatro de la tarde; un sol bárbaro é inclemente caía sobre los polvorientos rastrojos desde un cielo que la fuerza de la luz tornaba pálido y blanquecino;

el vaho de la tierra vibraba en el aire á modo de impalpable y sutilísima neblina; dejaba sentir de cuando en cuando el Solano su aliento de fuego, y en aquel abrasado ambiente, luz, aire y calor, contribuían de igual modo á producir la sensación de un colosal incendio.

La vega extendía en derredor su amarilla planicie formada por rastrojos y maizales ya secos; la vista al recorrerla, no hallaba punto de reposo en su desolada aridez hasta llegar al lejano horizonte cerrado por montes azules; sólo los enjabelgados cortijos rompían aquí y allá con notas blancas la monotonía de aquel africano paisaje.

Por el empolvado camino que conduce á Sevilla que dista de aquel sitio

como cosa de unas cinco leguas, venía un muchacho que á lo sumo tendría dieciséis años; su traje sucio y roto compuesto de blusa y pantalón ajustados al cuerpo, y su rostro hocicudo y gatuno encajado entre negros y pegajosos tufos, delataban la calidad del personaje; era uno de esos golfos aspirantes á toreros que son legión en la andaluza tierra.

Venía el asendereado Currinche—éste era el apodo del futuro Pepe-Hillo—de un pueblo de la sierra, donde con motivo de la Virgen de Agosto, se celebran anualmente fiestas famosas en muchas leguas á la redonda, en las que figuran en primer término, las indispensables y divertidísimas capeas. Para acudir á ellas y apaciguar el fuego

taurómaco que en su pecho ardía, dejó Currinche como otras veces su domicilio, no sin proveerse antes de un duro, cantidad fabulosa que adquirió mediante el hurto y pignoración de un mantón de su madre.

La ida al pueblo fué por demás alegre y regocijada; hubo amigos con quienes bromear y convites en las ventas del camino. La estancia en el lugar tampoco fué mala por ser días de algazara y jaleo, días en los cuales como vulgarmente se dice, se echa la casa por la ventana; hubo para los toreretes vino y comilona, y Currinche lo pasó tan bien que apenas si advirtió los revolcones y varetazos que las reses le dieron.

Pero lo bueno dura poco y las fies-

tas pasaron, encontrándose después de ellas estropeado y molido, sucio y harapiento, sin blanca y sin otro porvenir que el regreso á la casa paterna donde le esperaban las caricias de su padrastro, un baratero que vapuleaba á toda la familia cuando se emborrachaba, cosa que acontecía un día sí y otro también.

El del regreso, levantose el futuro maestro con el alba de entre la paja donde había dormido, y luego que se hubo esperezado y sacudido como perro que sale del agua, bostezó recordando que desde la mañana anterior no había entrado la gracia de Dios en su cuerpo. Encontrábase en las afueras del pueblo é infinidad de huertecillos cercados por espinosas chumberas ofrecían al alcance de su mano toda clase

de fruta. Entró en uno de ellos y encaramándose en una higuera, comió á qué quieres boca; estaban deliciosos, fresquísimos, dulces como la miel, sabrosos como higos de cercado ajeno: bebió después cuanto le vino en gana en los cangilones de una noria y emprendió la vuelta á la ciudad. Tenía que andar diez leguas y estaba aspeado y cansino como perro de cazador de oficio. Las primeras horas de camino no fueron muy penosas á causa del fresco de la mañana, mas cuando el sol comenzó á castigar la tierra con furia anunciando uno de esos días horrorosos del verano andaluz, Currinche comenzó á flaquear; á las diez llevaba andadas cuatro leguas y á duras penas tiraba de su cuerpo; traba-

josamente llegó hasta un grupo de álamos, únicos árboles que en la vega había y á su sombra acostose quedándose dormido.

Durmió cinco horas de un tirón; al despertarse, lo primero que sintió fué un hambre canina; después de cavilar un rato buscando en balde el modo de satisfacerla, decidióse á emprender de nuevo el camino, esperanzado con la idea de que en su casa, á la par que palos, también le darían pan. Anduvo como cosa de una hora, hasta llegar al sitio en que le hemos encontrado, y sintiéndose desfallecer, pensó que en un cortijo que no lejos se parecía, tal vez le dieran algo con que restaurar sus agotadas fuerzas; hacia él se dirigió; al llegar á sus puertas, un enorme mastín

que las guardaba comenzó á ladrar furiosamente.—¡Calla, Palomo!—dijo una voz bronca desde dentro. Dos hombres á caballo salieron del cortijo; á juzgar por sus trazas debían ser amo y criado; ambos vestían de corto é iban provistos de sendas garrochas.

—¿Qué te trae por aquí?—dijo al ver á Currinche uno de los ginetes, joven como de veinticinco años, vestido de blanco, grueso y carirredondo.

—Nada,—contestó el chiquillo turbado,—venía.... que tengo mucha.... que no he comido desde ayer mañana y quisiera por caridad un pedazo de pan.

—¿Tú qué eres?.

—Torero,—contestó el golfo con orgullo.

Sonrióse el señorito y después de meditar unos segundos, dijo:

—Te voy á dar una telera, pero has de ganarla. ¡Tío Curro, tío Curro, traiga usted una telera!

No se hizo esperar mucho el llamado apareciendo con un pan moreno y entre largo en la mano.

Tomólo el amo y añadió:

—¿Ves ese vallado?—y señaló unas pitas que se extendían paralelas al cortijo.—Si lo saltas con la garrocha por el sitio que yo señale, ganas el pan.

Midió Currinche con la vista la altura del vallado, y viendo que no era mucha y azuzado por la necesidad apremiante contestó:

—Venga y diga usted por donde.

— Por aquí,—dijo el amo indicando

un punto y dando al mismo tiempo la garrocha al muchacho.

Probó éste su resistencia apoyándola en el suelo y luego que examinó las pitas de cerca, alejóse de ellas como unos treinta pasos, tomó carrera, fijó un extremo de la garrocha al pie del vallado y agarrado al otro, lanzóse al aire con agilidad y destreza de pájaro. A la mitad del salto, cuando abandonó el palo para caer, vió lo que al otro lado de las pitas había, dió un grito como si tratara con él de evitar lo imposible y cayó pesadamente sobre los corchos de una colmena. Por muy listo que anduvo para levantarse y huir, un centenar de furiosas abejas asaetearon con sus aguijones las partes desnudas de su cuerpo.

—Guerrita, toma el pan que lo has ganado,—dijo el señorito arrojándole la telera, y mientras el pobre golfo lanzaba ahullidos de dolor, amo y criado celebraban con extridente carcajada la donosísima ocurrencia.

Lector; ¡dime si tengo ó nó razón para afirmar que en punto á gracias y donaires no hay pueblo alguno que aventaje al nuestro!

IMPRESIONES DE UN CURIOSO

IMPRESIONES DE UN CURIOSO

La procesión se acerca. La gente bulle, se arremolina, surgiendo de todas partes como por obra de encantamiento: mujeres del pueblo, señoritas de la clase media, hombres de todas las esferas sociales, muchos niños. Todos se apiñan y apelotonan llevados de ese instinto poderoso que empuja á las muchedumbres á formar rebaño. Un sacerdote obeso, canoso, de rostro vulgar y sanguinolento, mira con impertinente descaro á las mozas exa-

minándolas de cerca á fuer de buen conocedor. Dos niñeras, con sendos chiquillos en los brazos, forcejean por colocarse en primera fila; la madre de las criaturas que se halla fuera del barullo las llama sin cesar. Un caballerete muy estirado y gomosín, aproxímase más de lo necesario á una señoritinga á la que habla muy quedito; ambos se lanzan miradas encendidas: fiebre de amor en período agudo. En esto, una pareja de ciegos guiados por un niño, tratan de abrirse paso entre la multitud con objeto de atravesar la calle; la gente se aparta con presteza mirándoles solícitamente; sólo el sacerdote permanece impávido; cúando junto á él cruzan, ni los ve siquiera, tan embebido se halla en la contem-

plación de unas muchachas que tiene á la vera.

Por fin llega la procesión. ¡Lástima que no vengan mujeres! — dice con sonrisa picaresca de sátiro un rubicundo padre de familia.—¡Hay tantos masones!—replica con voz melíflua una descolorida beata.

Comienza el desfile. Las luces de los cirios tiemblan con amarillos resplandores en la lechosa claridad de un expléndido atardecer. Las sotanas de los sacerdotes que dirigen la marcha llenan con sus revuelos el centro de la calle. Y los penitentes pasan, todos iguales, vestidos de colores obscuros, ornadas las solapas con un tafetán blanco que lleva en su centro un corazón manando sangre, mustios y tristones

los rostros. Desfilan lentamente y sin saber por qué, se me figuran son siempre los mismos; frentes estrechas, semblantes descoloridos, mirada servil y solapada, falta de dignidad y brío masculino en los movimientos y ademanes; en suma, una multitud sin vida, sin color, sin sexo, de una monotonía desesperante.

Anochece. El calor sofoca, la atmósfera se hace densa é irrespirable, la multitud apiñada y sudosa exhala fuertemente ese olor *sui géneris* que bien puede denominarse tufo humano. De improviso ilumínase el ambiente con violentos colorines; rojos, amarillos, azules; son las bengalas que anuncian la llegada de la efigie. Y entre fúlgidos resplandores y bajo una lluvia de rosas

lanzadas por femeniles manos, aparece Jesús. Un Jesús como sólo pudo concebirlo la imaginación de una beata, vestido de arlequín, en aptitud declamatoria, de femenil aspecto, con un corazón de relieve colocado en la mitad del pecho. Un Jesús irreverente y antiartístico, cursi, si es que á los santos cabe este apelativo, digna imagen, en fin, de la moderna idolatría.

Casi en volandas y en contra de mi voluntad fuí arrastrado por la multitud que invadió atropelladamente la iglesia. Estaba ésta como un ascua de oro, deslumbrante de luces y molduras doradas. Un padre jesuita subió al púlpito. Era recio, moreno, carirredondo, tipo de campesino. Habló como cosa de un cuarto de hora con voz melosa y

aflautada. Expresábase torpemente y por más esfuerzos que hice, no pude pescar una sola idea en el tropel de su huera palabrería. El corazón de Jesús para arriba; el corazón de Jesús para abajo; y torna, y dale, con el corazón de Jesús, que era el estribillo de aquella insulsa melopea. Que el corazón de Jesús debe reinar en España. Que aquello era una hermosa manifestación en contra de los impíos—liberales.—Que las autoridades habían dado alta prueba de religiosidad prestando su concurso á la procesión. Que todas las clases sociales se unían bajo el corazón de Jesús. Que el corazón de Jesús... ¡Viva el padre no sé cuantos!—gritó á voz en cuello un caballero.—¡¡Vivaaa!!—contestaron los fieles y luego cantu-

rrearon á coro el monótono y consabido «Tú reinarás».

Cuando dejé la iglesia y hube recobrado plenamente mi personalidad, sentíame orgulloso, fuerte; superior en mucho, á aquellas infantiles muchedumbres.

El recuerdo de la procesión surgió luminoso ante mi mente y los ví desfilar de nuevo: eran siempre los mismos los que pasaban, frentes estrechas, rostros descoloridos, mirada servil y solapada, falta de dignidad y brío masculino en los movimientos y ademanes; en suma, una multitud sin vida, sin color, sin sexo, de una monotonía desesperante.

Sin embargo, aquellos rostros me eran bien conocidos; bajo la careta de la humildad y el compugimiento, transparentábase la personalidad verdade-

ra. Componían aquella procesión, el industrial que hizo su fortuna explotando mujeres y niños; el comerciante que revende por diez lo que le costó uno; el labrador, señor feudal de nuestro tiempo, que mediante mísera pitanza arrojada á los trabajadores que son sus siervos, recoge ubérrimas cosechas con las que sostiene sus lujos ó sus vicios; el amo de la fábrica que se enriquece con lo que los obreros producen; el abogado que vive del enredo legal; el juez que prevarica; el empleado, que de la filtración se sustenta;... ¿á qué seguir?; aquella procesión era cifra y compendio de la burguesía de nuestro tiempo, cuya podredumbre ha pintado Zola á las mil maravillas en su admirable Trabajo y con la cual nos

codeamos á diario dándole nuestro acatamiento y respeto.

Y ví nuevamente la iglesia reluciente como ascua de oro, atestada de fieles que gritaban sudosos y jadeantes ¡Viva el padre fulano! Y el jesuita recio y tosco como un campesino entonó su monjil melopea. El corazón de Jesús... Mas por mágico hechizo ví de repente transfigurarse su vulgar figura; su rostro se afinó, su mirar se hizo vivo y penetrante, su frente noble y despejada; era un apóstol de majestuoso continente, que con gesto vigoroso y sereno y voz segura y grave, conminaba á la burguesía, despojándola de la careta con que se encubre y poniendo de manifiesto sus egoismos y maldades tanto más punibles cuanto

que se sirven de la religión como de protector escudo. Pedía para los desheredados no caridad que denigra y envilece, sino justicia que eleva y dignifica. Describía luego los horrores de la huelga, niños y mujeres sin pan, millares de familias escuálidas y astrosas junto á los palacios de los ahitos, de los enriquecidos á su costa. Los hombres presos y á punto de ser ametrallados por haberse atrevido á pedir una mínima parte de lo que, como seres humanos, tienen derecho... «Amaos los unos á los otros» — exclamaba después, henchido de conmiseración ante tanta miseria—«que la palabra hermano, deje de ser una mentira; que los bienes de la tierra sean patrimonio de todos los mortales; que acaben las dis-

cordias y las guerras; y que todos los pueblos, unidos en fraternal abrazo, entonen un himno triunfal á la Justicia, soberana deidad que llevará el mundo á la dichosa edad de oro soñada por los poetas»... Las palabras del apóstol se perdieron murmurantes en los ámbitos del templo vacío.

Volvió el jesuita á su ser primitivo y tornó á cantar con voz melosa y aflautada las excelencias que tiene el corazón de Jesús para los ricos; los pobres ¡quién se acordaba de ellos en aquel momento!

La multitud sudosa y jadeante prorrumpió en un estrepitoso ¡viva el padre fulano! y á continuación entonó á coro, con rumor de colmena, la monótona canturia del «Tú reinarás.»

CADENA ROTA

CADENA ROTA

«Querer» liberta: Esa es la verdadera doctrina de la voluntad y de la libertad; así os lo enseña Zarathustra.

FEDERICO NIETZSCHE.

El buque, un hermoso trasatlántico, se hallaba á punto de zarpar con rumbo á América. Sobre cubierta, los pasajeros se despedían de familias y amigos; los marineros ejecutaban órdenes y todo era confusión y bullicio. La mañana era deliciosa; el cielo estaba azul y despejado; el mar verde y tran-

quilo; una ligera brisa azotaba los rostros.

Apoyado en la barandilla de proa, vuelto de espaldas á la tierra y mirando obstinadamente hacia el mar, veíase un hombre como de treinta años; alto, moreno, delgado; pero de complexión robusta, de ojos muy negros y nariz acaballada, tipo decidido y enérgico, que evocaba el recuerdo de las razas aventureras é intrépidas que conquistaron mundos.

Pedro Hernán (así se llamaba el solitario pasajero), era presa en aquel momento de ese vago é indefinido temor que se apodera aun del más fuerte al emprender un largo viaje, y sin saber por qué, en aquel crítico instante en que rompiendo con su vida pasada

iba á penetrar en el camino de una vida nueva; su historia entera pasaba ante sus ojos en vigorosa visión interna, con el brillante colorido de mágica proyección.

Recordaba su adolescencia en una ciudad de Extremadura; sus padres pertenecientes á una linajuda familia habían descuidado el patrimonio hasta el extremo de dejarlo reducido al triste y destartalado caserón que habitaban y á una finca de campo de cuyas rentas vivían. Los Hernán fueron en tiempo poderosos, pero el orgullo nobiliario y la ignorancia les impidieron trabajar, llevándoles casi á la ruina. Los padres de Pedro, no obstante la dura lección recibida, quisieron que el primogénito (tenían también una hija) fuese hombre

de carrera y en vez de dedicarle á labrador, con lo que quizás hubiera salido á flote la casa, decidieron que fuese abogado.

Hasta los quince años estudió en la ciudad y Pedro recordaba con deleite aquellos tiempos de vagancia y de vida salvaje que eran quizá los mejores de su existencia; al colegio no iba nunca, pasábase los días correteando por el campo bien á caza de nidos, ya de culebras, lagartos y otras alimañas.

Era un carácter huraño, intrépido é independiente, contrario á todo lo que fuese sujeción ó regla, y al mismo tiempo una imaginación vigorosa y rica. En aquel niño se anunciaba un futuro hombre de acción: un creador. Los conocimientos que adquirió fueron su-

perficiales é inútiles, cuatro nociones entregadas á la memoria y nada práctico que pudiera trocarse en el mañana en regla de vivir. Fué bachiller y entonces se hizo necesario enviarle á Sevilla para que estudiara en la Universidad.

Los cinco años que duró la carrera fueron pródigos en acontecimientos para Pedro; su inteligencia se despertó ávida de saber y no siendo alimento apropiado para el hambre de conocimientos que padecía, los estudios académicos henchidos de una ciencia falsa y pedantesca en su mayor parte, cuajados de laboriosas definiciones que nada contienen, devoró todos cuantos libros á su alcance tuvo, novelas, estudios filosóficos, narraciones de viajes,

todo lo cual al mismo tiempo que una exaltación romántica, produjeron en su cerebro la honda impresión de un mundo y una ciencia muy distintos de los que él ya conocía.

Desde entonces fué Pedro un soñador, un habitante de la quimera; uno de esos seres que viven fuera de la realidad, en un mundo labrado por su fantasía; y aquel hombre inteligente y decidido, cuyas energías bien encauzadas hubieran sido útiles y provechosas, trocóse por causa de una educación inadecuada á sus aptitudes en un ser exaltado y fantástico, incapaz de nada práctico y por añadidura un descontento de la vida.

Á los dieciocho años tuvo el primer amor. Era ella una encantadora criatu-

ra, una niña rubia y delicada que en unión de su madre, enferma, sostenían una tiendecilla de flores de trapo de cuyo mezquino rendimiento vivían. Pedro pasaba diariamente ante la tienda al ir y al regresar de las clases y al ver á Anita (que así se llamaba la muchacha) tan modesta y preciosa, siempre trabajando, enamoróse, fué correspondido y comenzó un idilio.

Se amaban locamente: eran dos naturalezas complementarias que por rara coincidencia se habían encontrado. Él, moreno, vigoroso, apasionado y decidido. Ella, rubia, delicada, sencilla y amorosa. Se veían mañana, tarde y noche, á todas horas, y la pobre enferma sonreía dulcemente viendo el porvenir de su hija asegurado.

La enferma entregó su alma á Dios bendiciendo la encantadora pareja, y entonces aconteció lo que era lógico que aconteciese. Pedro y Ana tomaron una modesta habitación y vivieron juntos. Aquella fué una época de absoluta felicidad; el amor absorbió por completo la vida del muchacho durante un año entero perdido para los estudios y al fin del cual fué padre, pues Ana tuvo un hijo. En esto llegó el verano época de las vacaciones y con grandes protestas de volver enseguida, Pedro partió para su casa dispuesto á participar á sus padres el firme propósito que tenía de casarse con Ana. ¡Cuán ajeno iba á lo que le esperaba! Su padre enterado de todo lo recibió con frialdad suma y después de escenas

violentísimas en las que salió á relucir el honor de los Hernán nunca mancillado, le hizo saber que aquel amor era pecaminoso, que él jamás daría su consentimiento para un enlace que le deshonraba y que mientras fuera menor de edad no saldría para nada de su casa.

Al llegar á este punto los recuerdos se atropellaban en la mente de Pedro y los últimos años pasaban como negras visiones por su memoria. Primero su prisión, tres años de encierro y de lucha tenaz, privado de todo recurso, sin recibir ni poder enviar noticias á la que él consideraba como su legítima esposa. La voluntad tenaz é inflexible de su padre doblegó la suya hasta el extremo de hacer de él un muñeco. En-

tonces adquirió una enfermedad nerviosa que á poco da al traste con su vida; después, su naturaleza reaccionó y fuese curando y reponiendo físicamente á la par que el tiempo iba debilitando el recuerdo de su amor. Aquella convalescencia física y moral fué aprovechada por sus padres para imponerle la boda con una prima suya; una lugareña desgarbada y fea; pero con bienes de fortuna.

¿Cómo llegó á casarse? nunca pudo explicárselo; fué una de esas cosas que se hacen en la vida en contra de nuestra voluntad y nuestro querer y á impulso de las circunstancias.

Los asuntos iban de mal en peor, la casa tenía trampas, los pocos bienes que quedaban era preciso reservarlos

para la dote de su hermana; la única solución era su boda; y Pedro se encontró casado.

Comenzó entonces para él una vida nueva; tenía posición, familia, riquezas ¿Qué más podía ambicionar? Nada quería y sin embargo se hallaba muy distante de ser feliz. Pasada la crisis, renació en él su personalidad primitiva, la de soñador y descontento. Entonces comprendió que el Destino, ese mónstruo que dirige la vida del hombre, le había sujetado con su dura cadena á una existencia miserable é indigna. No amaba á la mujer con quien compartía su lecho, vivía sin trabajar disfrutando de unos bienes que él no había adquirido, y al pensar todo esto se sonrojaba avergonzado de su bajeza. Además

su conciencia se despertaba recordándole á aquella niña su verdadera esposa, á la que había abandonado cobardemente lanzándola á la miseria, quizás á la prostitución; y el recuerdo de Ana y el de su hijo torturaron su espíritu quitándole el reposo.

Así pasaron varios años; en vano buscó la tranquilidad en el trabajo entregándose con ardimiento al cultivo de las fincas de su mujer, las cuales aumentaron en valor bajo su dirección inteligente; su pensamiento y su conciencia le martirizaban cada vez con más ahínco. Así no podía vivir. Si el Destino había brutalmente torcido su existencia, él, por su voluntad debía romper la dura cadena que le sujetaba dando á su vida una dirección honrada

y libre. Los hombres fuertes—se decía —deben ser superiores al Destino violentándolo si preciso fuere.

Y una mañana, pretestando un negocio y provisto del dinero suficiente para vivir un año, Pedro tomó el tren que conducía á Sevilla. En una casa de consignación le enteraron de que en el término de ocho días saldría de Cádiz un buque para América; retuvo dos pasajes, escribió á su mujer diciéndola que el negocio le iba á detener más tiempo del que había pensado, y se entregó en cuerpo y alma á la busca de Ana. Todas cuantas pesquisas hizo fueron infructuosas. Nadie supo darle noticias de aquella pobre niña que seguramente no pudo resistir el brutal golpe recibido.

Entonces sintió Pedro con más fuerza que nunca la indignidad de su conducta y el egoismo criminal de sus padres que llevados de conveniencias y estúpidos prejuicios le habían hecho abandonar villanamente á la que sería siempre ante su conciencia su única y verdadera esposa.

¿Quién sabe (se decía Pedro) si la pobre niña murió de pena ó si empujada por la miseria terminó su existencia en una mancebía ó en lecho de un hospital? Y abierta de nuevo la herida, soñó con lo feliz que hubiera sido en un hogar modesto, viviendo de su trabajo honrado y teniendo como compañera á la elegida de su corazón. ¡Qué intensas emociones había revivido aquellos días al recorrer los sitios

que presenciaron sus amores! ¡Qué pena más profunda sintió una tarde que tropezó en la calle á los niños del asilo al pensar que alguno de aquellos desdichados sería tal vez su hijo!

La desesperación se apoderó de él y su propósito de romper para siempre con su vida pasada se hizo inquebrantable.

El estridente silbar de la sirena le arrancó de su ensueño trayéndole á la realidad. El buque había dejado el puerto entrando en alta mar; en tierra todo iba disminuyendo de tamaño con rapidez; y á medida que la ciudad se empequeñecía haciéndose su visión cada vez más borrosa, Pedro, por fenómeno inexplicable, sintió que algo huía también dentro de él, desvane-

ciéndose en las brumas del pasado; era su vida y su pasada historia que morían para siempre.

Pedro se sintió fuerte, vigoroso y contento; un hombre nuevo había surgido en él; aquel hombre rota la cadena del Destino iba lleno de fe hacia la vida libre, verdadera y honrada.

El buque avanzaba gallardamente balanceándose sobre las verdes y rizadas aguas; blancas gaviotas cruzaban el espacio y un sol puro y vivificante inundaba el ambiente en una lluvia de oro.

LO IMPOSIBLE

LO IMPOSIBLE

†

Sábado.

Perdona, queridísima Lola, si he tardado tanto en contestar á tu última carta, pero la vida social en la Corte no deja ni un momento de libertad. Para que juzgues de mis muchas ocupaciones, copio el empleo de la semana, según apunte que tengo á la vista.

Lunes, *soirée* Peña Cerrada. Martes,

comida Duquesa del Aguila. Miércoles, Teatro Real. Jueves, baile Embajada Inglesa. Viernes, Comedia. Y todo esto sin contar el cotidiano y obligado paseo, las visitas, una reunión de las Hijas de María y una Conferencia del padre Berlenga sobre pompa mundanal en el Apostolado de la Fe.

Después de tanta ocupación, ¿puede quedarme tiempo para nada? No obstante, siempre hay un huequecito para escribir á mi mejor amiga. Prepárate, querida Lola, para una estupenda noticia; ¿estás preparada? Pues bien: he recibido en este mes nada menos que tres cartas de amor. ¡Jesús y qué manía tienen los hombres de ponerse en ridículo escribiendo esas cosas!

Fué la primera del pintor, mi veci-

no, que, desde la jaula de cristal que tiene en el tejado de la casa de enfrente, se entretenía, según te dije, en hacerme cucamonas.

Como guapo, lo es; tiene unos ojos verdes.... Pero hija, ¡qué modo de vestirse! ¡Qué trajes de pana! ¡Qué sombreros flexibles! Y, sobre todo, ¡qué melenas! Esa moda de los pelos largos, aunque es propia de artistas—según me han dicho—á mí se me figura moda ridícula, y hasta sucia si se quiere.

Aseguran que posee gran talento y que un cuadro que hizo, en el cual representaba á Venus saliendo de no sé qué sitio, le valió diez mil duros. Lo cierto es que tiene la jaula llena de pinturas muy poco decentes, y que allí entran y salen unas mujeres, modelos

ó lo que sean, que me dan mala espina.

¡Y si vieras qué cosas tan bonitas me decía el pícaro en su carta! Que me parezco á la Venus de Milo. Que si correspondo á su cariño hará, inspirado por mí, una obra inmortal. Que renuncia á mi dote para que vean que su amor es purísimo, y qué sé yo cuántas extravagancias más.

Como puedes figurarte, le contesté dándole calabazas, porque, como dice papá, esos pintores no son gente bien educada, ni *comm'il faut*. Además, nos hemos enterado de que es ateo y anarquista. ¡Qué horror! Parece imposible que, teniendo ojos de muñeca, puedan creerse esas atrocidades.

El autor de la segunda carta ha sido ¡asómbrate! D. Remigio Cienfuentes,

el acaudalado banquero como le llaman los periódicos ¿Por qué se habrá acordado el buen señor del santo de mi nombre? Sin duda alguna creyó que iba á comprarme con sus millones. ¡Vayan enhoramala él y su carta, que parecía la hoja de un libro de comercio! Que si tiene tantas rentas; que si posee un magnífico palacio, que pone á mi disposición. ¡Habráse visto hombre más grosero! He llorado de rabia leyendo su insultante carta, la cual le devolví en el acto.

Fué la última declaración recibida de Pepín Gardenia, conde de Prado Florido, título pontificio. Es el condesito muy correcto y muy fino; siempre de punta en blanco, flor en el ojal y pantalones arremangados. Posee una

colección de corbatas admirable. Se viste en Londres. Monta á caballo á las mil maravillas y en el Tiro de pichón es de los primeros. Es en una palabra, un verdadero *sportman*. Además, rico y no feo, aunque un poco canijo. Según papá, uno de nuestros mejores partidos.

Su carta—papel celeste con las armas en rojo—era deliciosa; después de pedirme perdón por su atrevimiento, me suplicaba que aquella noche, en la embajada, le reservase un vals, pues tenía que decirme algo importante. ¡Hija de mi alma, y qué cosas me dijo el correcto conde! Me hizo pasar por todos los colores del iris. Y usa un perfume inglés que trastorna.

En resumen: que á pesar de su

elegancia y su dinero, y de ser título y buen partido, llevó también el perfumado condesito sus correspondientes calabazas. ¡Pobrecillo, qué cara puso cuando se las dí!

Estoy enamorada de lo imposible. Yo sueño con un hombre que, teniendo talento, ni sea anarquista, ni use traje de pana, ni lleve el pelo largo, como el extravagante pintor; un hombre que, si es rico, no hable jamás de sus riquezas, ni se alabe de ellas, como el grosero de Cienfuentes; un hombre, en fin, que, siendo noble y elegante, no sea como el conde, fatuo Narciso enamorado de sí mismo, cínico por añadidura, y lamioso y enclenque como una mujercilla. Lo que yo quiero es un imposible, lo sé.

Y entre tanto no llega el dorado caballero con quien sueño, esperará sin amar á nadie tu cariñosa amiga, que te estrecha contra su corazón.—*Matilde.*

TINITO

TINITO

¿Por qué tendrá la infancia, aun para los hombres de corazón más duro, tan inefable encanto?

Un niño es una promesa, una esperanza; es un sér indefenso; es el recuerdo de nuestra edad primera; es misterioso talismán que despierta los paternales instintos que todos poseemos; es, en suma, un sér digno de ternura y respeto. De lo primero, por su debilidad; de lo segundo, porque su alma es blanda cera, que tomará la

forma que le dieren las primeras manos que dirijan sus pasos en la vida.

La infancia, albor de la existencia, es una edad sagrada; rindámosle culto y rodeemos, á los que constituirán las generaciones de mañana, de todo nuestro cariño, de nuestra más solícita consideración.

Padres, maestros, sacerdotes; vosotros sois los responsables de las acciones de los futuros hombres... Pero advierto que, sin darme cuenta, vóime internando por el campo de la filosofía vulgar, y olvido al protagonista de mi cuento, que es un encantador niño de edad de cinco años, llamado Agustinito, y á quien familia y amigos designaron siempre con el gracioso diminutivo que encabeza estas líneas. Aban-

dono, pues, las digresiones, y entro de lleno en el relato.

Los padres de *Tinito*, que eran jóvenes y saludables, gozaban de desahogada posición; sin haber llegado á la opulencia, de nada carecían, disfrutando del *áurea mediocritas*, justo medio de que habla el poeta.

Matrimonio fué aquél inspirado en verdadero amor; de ahí el que los esposos deseasen desde el primer instante el complemento de la paternidad. Sus deseos viéronse cumplidos; al año de casados tuvieron un hijo. Nació *Tinito* y fué la alegría de la casa; primero por su belleza, pues era un chiquillo precioso: más tarde por la portentosa precocidad de su inteligencia. A los cuatro años era *Tinito* espigado, pali-

ducho, con el pelo largo, melenas que le daban gracioso aire de pajecillo, y con unos ojazos negros muy hermosos, aunque algo tristones, de una mirada inquisidora y profunda que, preocupaba sin saber por qué.

Era muy huraño y amante de la soledad; nunca quiso tomar parte en los juegos de sus amiguitos, gustando de la compañía de niños mayores que él; era curioso y preguntón, diciendo á veces cosas tan extrañas é impropias de su edad, que hacía exclamar á los que le escuchaban:—Este niño es un brujo, ¡da miedo!

Sus padres, que, á pesar de desearlo ardientemente, no habían tenido más sucesión, mimaron y consintieron á *Tinito* hasta el extremo de hacer de él

un niño maniático é insoportable por lo mal educado.

Cuantos caprichos tuvo los satisfizo en el momento. Por docenas destrozaba los juguetes; su curiosidad por saber lo que dentro encerraban era insaciable. En una palabra: la antojadiza y versátil voluntad de aquel muñeco era la ley que imperaba en la casa. Si bien es verdad que caprichos, manías y mala crianza, todo se lo hacía perdonar, gracias á sus agudas réplicas y á sus profundas reflexiones.

Tinito, bajo la frágil envultura de su cuerpecillo delicado de niño, encubría un alma apasionada y vehementísima, alma de hombre; era uno de esos extraños casos de precocidad pasional que casi siempre terminan fatalmente.

Así las cosas, quedóse la madre del chiquillo nuevamente en cinta, con gran alegría del matrimonio, que deseaba una niña.

Á *Tinito* dijéronle que habían encargado á París una hermanita para que jugara con él, preguntándole al mismo tiempo si la querría mucho, á lo que contestó meneando repetidas veces la cabeza en señal negativa, concluyendo por huir y ocultarse en un rincón con una *perrera* que le duró dos horas.

Cuantas veces le hablaban de la niña, repetíase la misma escena, sin que fuese posible convencer al chiquillo de que debía querer á su futura hermana.

Los celos habían nacido con fuerza impetuosa en el alma enigmática de aquella criatura.

Las esperanzas de la madre de *Tinito* fueron realizadas dando á luz una niña. Cuando en precioso *moisés*, cubierto de celeste seda y finísimos encajes, presentaron la recién nacida á su hermano, ordenándole que la besara, éste la miró un momento con los ojos muy abiertos, con expresión de asombro, como si no juzgara posible aquello que veía; después huyó precipitadamente de la estancia y rompió á llorar con amargura.

La niña creció, y era una verdadera monada: rubia, con los ojos celestes, muy blanca y sonrosada. Parecía una muñeca.

Sus padres la amaron con delirio, y sin darse cuenta exacta de lo que hacían, comenzaron á desatender á *Tini-*

to. Todos los mimos eran para la nena.

Los celos que, aun antes de venir al mundo la niña, habían nacido en el alma de su hermano tomaron fuerza é incremento. *Tinito* mostró desde un principio gran adversión por su hermanita; si, forzado por sus padres, le daba un beso, procuraba al mismo tiempo darla un pellizco, llegando hasta el extremo de proponer á la chacha, en un momento en que ésta tenía en sus brazos la niña dormida, la atroz y criminal idea de arrojarla á la calle.

Los padres, lejos de suavizar aquellos celos con dulzura, procurando borrarlos con tiempo y cariño, aumentaron los extremos para con la nena, afeando y riñendo constantemente las acciones del chiquillo; llegaron hasta

maltratarle; todo lo cual no dió por resultado más que ahondar la herida, enconarla, haciéndola incurable.

. . . . . .

. . . . . .

¿Qué aconteció en el alma enigmática de aquella criatura?

¿Fueron los celos? ¿Fué el desamor ó la injusticia de sus padres, que, después de haberle mimado y consentido, le castigaron cruelmente?

El alma de un niño es insondable. Mas fué lo cierto que, como luz que se extingue por falta de alimento, así, poco á poco, se acabó la vida del niñito. Triste primero, pálido y enfermo después, *Tinito* se murió, sin que el tardío cariño de sus padres, ni los remedios de la ciencia, fueran ca-

paces de retener á la vida que huía.

¿Quién sabe si aquel desventurado niño fué uno de esos misteriosos *avertis* de que habla Maeterlinck, seres extraños que pasan por la vida como sombras, llevando, desde que nacen, en sus almas la certidumbre de una muerte trágica ó prematura.

SADISMO ARISTOCRÁTICO

SADISMO ARISTOCRÁTICO

Era la nuestra la reunión más heterogénea que puede imaginarse: concurrían á ella comerciantes, literatos, médicos y empleados, y como consecuencia de esta diversidad de profesiones, la conversación recaía sobre los asuntos más extraños é inconexos.

Una noche, después de haber hablado de política, de la neurastenia, de un estreno y de la teoría evolutiva, tocó el turno á una de las más extrañas manifestaciones del amor; al sa-

dismo, nombre con que se designa una aberración amorosa consistente en sentir deleitación y goce al maltratar á la mujer querida.

Pepe Roldán, muchacho fino y correcto, si los hay, indignóse ante la sola idea de que existiera hombre tan brutal y grosero que no ya encontrase placer—pues ésto era para él incomprensible—sino que se atreviese á maltratar de obra á un sér delicado é inerme que no es acreedor más que á consideraciones y finezas.

Por el contrario, Juan Ruiz, un exaltado medio poeta y medio filósofo, sostuvo que en las relaciones del macho con la hembra, bajo el instinto disfrazado con el nombre de amor que es el que las provoca, existe un fondo

de crueldad y de odio que se manifiesta ya por caricias brutales, arañazos, mordiscos; ya por imposiciones ó celos tiránicos. El macho cuando ama está poseído por el celo, tornándose brutal, egoísta y agresivo, por eso nada tiene de extraño que llegue hasta el extremo de que hablamos. Además hay mujeres—añadió el poeta llevando la cuestión al terreno jocoso—que necesitan para andar derechas el celebrado jarabe de palo.

Antonio Gutiérrez, viajante de comercio, hombre serio é incapaz de fantasear, intervino en la discusión contando lo siguiente:

Era en el mes de enero y emprendía yo uno de mis acostumbrados viajes á Francia. El frío era muy intenso y la

estación del Norte estaba casi desierta. Coloqué los bultos de mano en un compartimiento desocupado y encendiendo un cigarro comencé á pasearme por el andén.

El compartimiento contiguo al que yo había elegido se hallaba vacío y era un reservado. Faltaban como diez minutos para la hora de salida, cuando lo abrió un empleado; un lacayo de librea y un mozo colocaron en él infinidad de bultos, lujosos sacos de piel con iniciales y coronas ducales, elegantes mantas escocesas.

Á los pocos momentos ví venir una arrogantísima pareja. Él, alto, moreno, de nariz aguileña y bigote á la rusa, correcta y cuidadosamente vestido. Ella, de mediana estatura, también mo-

rena, de ojos muy negros y cabellos más negros todavía; una buena moza; un tipo clásico moruno que debía ser, sin duda alguna, andaluza.

La dama subió al coche y el caballero encendió un puro, quedándose al pie del estribo.

En esto llegó una señora de edad, vestida de negro y de porte distinguidísimo; por la nariz y por la expresión de la boca — mandíbula inferior muy prominente—se parecía mucho al caballero á quien abrazó con efusión, subiendo al compartimiento acto seguido.

La campana anunció que el tren partía y cuando yo me regodeaba con la idea de ir solo y á mis anchas, un sacerdote chiquito y regordete, rojo como una guinda, cargado con uno de esos

sacos que tienen la parte superior de alfombra, una cesta y un lío de mantas, entró precipitadamente en mi compartimiento.

La dama vestida de negro, abrazó de nuevo al que debía ser su hijo; sonó el cerrar de las portezuelas, después un pito, luego una trompetilla, con sonido de juguete de feria y el tren comenzó á andar, por fin.

La noche era muy obscura y muy fría; yo me arrebujé en mi manta, dispuesto á pasarla lo mejor posible. Mi compañero de viaje sacó del canasto infinidad de vituallas y después de una abundante cena, remojada con copiosos tragos, colocó su almohada, se envolvió en una de esas mantas que imitan piel de tigre y á los pocos instan-

tes roncaba que era una bendición.

Cuando desperté debía ser la media noche; el tren estaba parado y un silencio solemne parecía pesar sobre todo; de cuando en cuando lo interrumpía la máquina, que tomaba agua. Me levanté para estirar los entumecidos miembros, y, sin saber por qué, me acordé de mis vecinos, la arrogante pareja. Miré por uno de los cristalillos que ponen en comunicación los compartimientos, y aunque el mío estaba á obscuras y en el de al lado había luz, nada pude ver, pues habían puesto algo que lo tapaba, algo que á mí se me figuró un pañuelo de seda; en el otro cristal habían sido menos afortunados, pues el lienzo ó pañuelo que lo cubría era de un tejido tan fino, que á

través de él se veía con bastante claridad.

La hermosa dama se hallaba frente por frente á mi observatorio; recibía la luz de lleno y estaba bellísima en el desarreglo de su *toilette* nocturna. Los ojos y el cabello parecían aún más negros y brillantes. Hablaba con gran agitación, muy acalorada y accionando mucho; parecía discutir. De improviso una silueta negra surgió entre el cristal y ella, y lo que entonces ví fué tan inesperado y me produjo tal asombro, que durante algunos instantes no pude dar cuenta de mi persona.

Su esposo, el correcto caballero, había asido á la dama con una mano por la garganta, mientras que con la otra la golpeaba brutalmente. Yo quise gri-

tar y no pude, intenté romper el cristal sin conseguirlo, quise bajarme y evitar aquel crimen... todo fué cosa de un segundo. El tren emprendió nuevamente la marcha, y los esposos cambiaron los golpes por besos y caricias y... en suma, que pagué con una noche de insomnio mi estúpida curiosidad.

Por la mañana, cuando llegamos á Miranda, en la fonda, al tomar el desayuno, ví en el rostro de la hermosa señora las señales que habían dejado los dedos de su elegante esposo.

Lo que más me llamó la atención fué que se prodigaban mil finezas, parecían dos recién casados.

Cuando Gutiérrez terminó su relato, hubo un momento de general silencio.

—¿Y el cura?—preguntó un chusco, interrumpiéndolo.

—El sacerdote—contestó Gutiérrez con gravedad—si no lo despierta un revisor, todavía está roncando.

EL SUEÑO DEL ANARQUISMO

EL SUEÑO DEL ANARQUISMO

Á Enrique Sandino

En un solo día, y como evocados por misterioso conjuro, surgieron de todos los confines de la tierra millones y millones de hombres, que, unidos por un mismo ideal y arrastrados por igual impulso, formaron el más colosal ejército con que pudo soñar la historia. Las filas de aquel monstruoso tropel de criaturas componíanlas el Trabajo, la Miseria y el Hambre. Era un ejército de esclavos, que rotas las cadenas,

marchaban á la libertad, llevando como lema esta terrible cuanto consoladora palabra: el desquite.

Hacia las villas, ciudades y capitales, hacia esos centros en donde moran el placer, la comodidad y la riqueza, hacia las mansiones de los amos y de los señores, caminaban en un mismo día y en esa hora misteriosa de la tarde, en la que el sol que muere ensangrienta con sus últimos rayos los cristales del cielo, millones de millones de seres, hombres vistiendo la blusa del trabajo, librea de la miseria, mujeres desgreñadas, harapientas y escuálidas, niños astrosos, deformes y raquíticos...

Era una turba de aspecto amenazador y horrible, abigarrada y multiforme. En ella iban los trabajadores del

campo, de curtidos rostros, de cuerpos enjutos y retorcidos por las rudas labores; los que trabajan bajo tierra, ennegrecidos por el mineral, unos escupiendo carbón, otros temblando bajo la acción del venenoso mercurio; los que trabajan en las fábricas de las grandes ciudades, delgaduchos y anémicos, con los estigmas de la privación y la miseria pintados en los rostros; venían también todos los que trabajan en los demás artes y oficios gastando sus vidas sin ganar apenas lo sucinto para alimentarse; y los ejércitos enteros que habían desertado y hecho causa común con sus hermanos; y los presidiarios; y todos cuantos sufren, en fin, la esclavitud de la miseria y la brutal injusticia del derecho de los poderosos.

El choque fué terrible: de una parte las ciudades dormidas, descansando de los goces del día, de otra un ejército de hambrientos, contraídos los rostros por la ira, contenta el alma ante la próxima venganza durante tanto tiempo acariciada como sueño imposible, una falange de desesperados, de locos furiosos que con rugidos de fiera desencadenada marchaban ciegos al desquite.

Como tremenda inundación de negra y alborotada corriente, así invadieron las ciudades aquellas furiosas muchedumbres. Las casas fueron asaltadas, rotas las puertas, desgarradas alfombras y cortinas, destrozados los delicados muebles. Las biseladas lunas fueron hechas pedazos y manos negras

y velludas mancharon y redujeron á polvo, finísimos encajes, inmaculadas sedas, purísimas batistas. El oro rodó por el suelo y las joyas destrozadas mancharon con notas de luz los pavimentos. Las damas y sus hijas fueron brutalmente violentadas; padres, hermanos y maridos perecieron defendiéndolas inútilmente. Las llamas de un monstruoso incendio iluminaron con reflejos de sangre aquellas bárbaras escenas.

Todo ardió; todo feneció. Edificios suntuosos, venerandos templos, preciadísimos museos, todo fué destruído; riquezas, obras de arte, bibliotecas, todo, todo fué hecho pavesa en aquel colosal y nunca visto incendio, que, á semejanza del diluvio enviado por el Señor para

castigar la perversidad de los hombres, duró cuarenta días y cuarenta noches consecutivas sin tregua ni descanso.

. . . . . .

. . . . . .

Cuando al fin se disipó la espesa y negra humareda que envolvía la tierra y el sol brilló de nuevo, bandadas de aves de nítida blancura invadieron el cielo, y de entre las ruinas del viejo mundo destruído, brotó, como por obra de encantamiento, una vegetación poderosa y exuberante, rica en sabrosos frutos y en flores de milagrosa belleza, flores y frutos que fueron los heraldos de una portentosa resurrección.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

El sueño del anarquismo es una locura.

Destruyendo, nada puede alcanzarse, porque la destrucción no conduce más que al aniquilamiento y á la muerte. Es, además, el instinto de la destrucción un síntoma degenerativo, de vida *descendente*.

El hombre sano debe amar la vida y la lucha, porque sólo esos dos amores pueden darnos algo que se asemeje á la felicidad. Dejemos á los débiles, á los degenerados, que conducidos por el pesimismo, busquen la dicha en el no ser ó en un más allá supraterráneo; dejémosles víctimas de la neurosis del anonadamiento ó de la suprema destrucción.

Entre tanto, que los hombres jóve-

nes y de alma vigorosa, los que creen en el mañana y en el progreso indefinido, se unan para gozar juntos de la vida productora y fecunda, constituyendo la dorada falange de los elegidos que marchan triunfantes á la conquista del porvenir.

ALMAS GRANDES

ALMAS GRANDES

.....Y puesto que mis cosas según me dices en la tuya te interesan en alto grado, voy á contarte mi aventura al detalle y minuciosamente; así, al par que satisfago tu natural curiosidad, te apercibo con el ejemplo por si alguna vez te vieras en semejante... ¡Jesús y qué tonterías digo! Tú no te verás nunca en lance como éste, porque casada por amor y con un hombre de tu edad, de vuestro matrimonio sólo deben nacer venturas; el mío, en cambio,

sólo podía enjendrar desdichas y esas son, amiga del alma, las que voy á relatarte.

Paso como sobre ascuas por lo que ya conoces; mi salida del convento á los dieciocho años y mi boda á los veinte con el Marqués; enlace al que fuí ciega, alucinada por los consejos de mis padres y por el brillo inusitado de mi futuro, que aunque me doblaba en edad, era al decir de todo el mundo por su linaje, posición y riqueza, un inmejorable partido. Yo era una niña é ignoraba que el matrimonio es asunto de trascendencia suma, en el cual ha de ser el corazón el primer consejero; para nada le consulté; casarme fué sencillamente dejar de ser soltera, para pasar á ser marquesa, rica y encumbrada.

Hecha la boda comenzó el desencanto. Fué como el despertar de un sueño, en el que paulatinamente la realidad se va imponiendo hasta señorearse en absoluto de la conciencia. Conocido y tratado íntimamente, mi marido perdió aquella aureola que me había hecho si nó amarle, estimarle por lo menos. Era un hombre, que bajo esos aditamentos que llamamos educación, que son al espíritu lo que las galas y vestidos al cuerpo, encubría un alma vulgar y grosera, muy propia de quien se había complacido siempre en el trato de suripantas y toreros. En suma, que realizarse mi boda y estallar el divorcio moral fué todo uno.

Durante cinco años hicimos vida común, tiempo en el cual sus desaires y

brutalidades—habituado á frecuentar *mujeres* me daba el mismo trato que á ellas—me obligaron á derramar muchas y amargas lágrimas; gracias que Dios, compadecido de mi martirio, tuvo á bien enviarme tres hijos que fueron mi alegría y mi consuelo.

Después, como era natural, sobrevino el rompimiento. Él había vuelto á su antigua querida, una tiple del género chico á la que sin recato alguno paseaba en mis propios coches. Mediante la intervención de mis padres conseguí una á modo de amigable ruptura; divorcio sin escándalo mediante el cual continuamos habitando bajo un mismo techo; pero haciendo vida absolutamente separada y distinta. El único lazo de unión que quedó entre nosotros

fueron las niñas, que aunque estaban bajo mi custodia, según lo convenido, habían de ver diariamente á su padre.

Tenía yo entonces veintiséis años, y como si las penas embelleciesen, estaba más hermosa que nunca; así me lo decían mis amigas y el espejo que no sabe mentir. Mis hijas eran ya mayorcitas y no necesitaban como en los primeros tiempos de mi solícito y constante cuidado, mucho más, teniendo como tenían y tienen una excelente institutriz. Todo esto dió pie á que me lanzase de lleno en el torbellino de la vida elegante; bailes, comidas y teatros, visitas y paseos, todos los lugares en fin, en donde se reunen para mirarse y criticarse la gente conocida, fueron frecuentados por mí durante

cuatro años con una constancia de que hoy me maravillo. Fué un vértigo de diversiones, un loco afán por aturdirme y distraerme, buscando en esa vida tan brillante como engañosa lo que no podía darme, un bálsamo para mis heridas, un lenitivo á mis pesares, algo con que llenar, en fin, el horrible vacío de una existencia que á mí se me figuraba truncada y sin objeto.

Aligero para no cansarte. Desde que me entregué por completo á la vida del gran mundo ocupando un puesto preeminente entre las damas á la moda, tuve como era natural una turba de adoradores. Hay en la alta sociedad gran número de caballeros, que no tienen otra misión, ni viven más que para conquistar casadas: de esta laya eran

los donceles que componían mi corte; así es, que aunque los recibía fina y cortésmente, maldito si hacía caso de sus inflamadas palabras. Además eran todos con pocas diferencias del corte de mi señor esposo, lacayos bien vestidos, de manera que sólo me inspiraban desprecio.

El amor era para mí algo ideal y fabuloso, algo que sólo existía en los libros y en la mente de los poetas. Y era que yo vivía como antes de casarme, sin consultar el corazón, cual si no lo tuviese. ¡Bien caro me hizo pagar el pícaro mi imperdonable olvido!

Durante dos años traté con intimidad á Andrés Farnelli, secretario de la embajada italiana, sin darme cuenta de que me hacía la corte. Frisaba An-

drés en los treinta y cinco y era lo que se llama un buen mozo; alto, rubio, distinguido y bien proporcionado, pudiendo añadir á tan buenas partes, educación exquisita, inteligencia, cultura y una extremada caballerosidad.

Como te he dicho, aunque parezca inverosímil, fué Farnelli mi íntimo amigo durante dos años sin que yo advirtiese que me amaba. Habíase con habilidad suma posesionado de todos mis secretos, conocía mis gustos y aficiones, adivinaba mis caprichos, y á unos y á otros se adelantaba con discreción y tacto tan exquisitos, que lo que en otro hubiera sido apresuramiento de enamorado, era en él lógico y natural acto de amigo. Nunca me habló de amor, y no obstante, se las compuso

de modo y manera, que poco á poco llenó con su persona todos los momentos de mi vida, haciéndose el indispensable. Dábame libros para que distrayese mis ratos de murria y eran siempre lecturas sanas y poéticas, de esas que dejan en el alma agradable huella. Me acompañaba en bailes y teatros y era tan amena y sabrosa su charla, que llegó á hacérseme insufrible otra conversación que no fuera la suya. Adivinaba con maravillosa intuición el estado de mi ánimo, ajustando á él el tono de su trato, dulce y cariñoso cuando me veía triste, decidor y alegre si me encontraba con ganas de parola y bullanga. En resumen, que Andrés era discreto, fino, pulcro, elegante, guapo... á qué seguir, si el citar sus excelencias

y bondades sería el cuento de nunca acabar.

Un día, el pícaro corazón cuyo consejo jamás había solicitado, tomó de mí fiera venganza, manifestando de sopetón y sin preámbulo alguno, que estaba enamorada de Andrés. Al ver en una calle un hombre que se le parecía, comenzó á latir con tal violencia que creí se me salía del pecho. La revelación de mi amor estaba hecha.

Desde entonces dió comienzo una lucha que duró dos años. Yo encerrada con mi cariño en la fortaleza de dignidad de una mujer que quiere ser honrada y buena. Andrés ganando palmo á palmo el terreno á fuerza de constancia y ternura; y á todo esto la palabra amor no había brotado aún en nuestros labios.

El cerco era cada vez más apretado. La plaza iba á rendirse, porque en ella se escondía un poderoso traidor dispuesto á entregarse al enemigo, aunque para hacerlo tuviese que dar muerte á mi honra. Sólo quedaba un medio heróico para salvarla; imponíase una explicación con Andrés, en la cual yo solicitaría de su caballerosidad que partiera, pues aun amándole no podía ser suya.

Tras mucho vacilar decidíme á poner en ejecución mi arriesgado proyecto. Una noche, al salir de un baile, cuando Andrés se despedía dejándome en mi coche, le dije repentinamente.—Tengo que hablar con V.—Le espero mañana á las cinco, estaré sola. Partió el coche, y por el cristalillo ví al

caballero como petrificado en mitad de la acera.

Al llegar á mi casa me desnudé atropelladamente y sin besar á mis hijas, según por costumbre tenía, me acosté apagando la luz acto seguido.

Sola y á obscuras, pensaba de este modo. Una cita; sí, una cita. Yo había citado al hombre que amaba, y aunque la intención era buena, quién me aseguraría el poder resistir el influjo de la pasión... El pícaro olvidado reíase dentro de mí y parecía decirme con sus apresurados latidos. ¡Me despreciastes, ahora verás cómo me vengo!

Entonces comprendí que si me veía á solas con Andrés estaba perdida; era preciso por lo tanto evitar la entrevista. Mas ¿á qué medio recurrir para con-

seguirlo? Escribirle alegando indisposición ú otro pretexto, dada nuestra amistad me pareció ridículo, y además, dejaba en pie el problema que quería resolver á toda costa. Recibirlo á solas, imposible. ¿Qué hacer?

Mi excitación era extraordinaria. Sin saber por qué, ocurrióseme levantarme é ir á ver á mis hijas que duermen en habitaciones inmediatas. Descansaban las inocentes como tres ángeles y á la indecisa luz de una lamparilla pude ver y besar sus adorables frentes. Aquél sereno y puro ambiente ejerció saludable influjo sobre mi alma. Aunque no sea más que por ellas debo vencer—pensaba al acostarme de nuevo.—Recé luego un buen rato pidiendo inspiración á la Virgen, y por último

entre rezos y lágrimas me quedé dormida.

Al despertarme ya bien entrado el día, la primera idea que vino á mi mente fué una solución á mi conflicto. Sin duda alguna la Virgen escuchó mi ruego y tuvo á bien inspirar mi atribulado espíritu.

Con serenidad y dueña en absoluto de mí, dispuse todo lo pertinente á la realización de mi idea. Después de almorzar pedí el coche y fuí á unas compras con mis hijas; á las cuatro estábamos de vuelta. Luego que hubimos cambiado los trajes de calle por otros más sencillos de casa, nos fuímos todas á un modesto gabinetito que sirve de cuarto de costura, poniéndonos á hacer labor. Con antelación advertí al

criado que si llegaba D. Andrés, le hiciese pasar á la habitación en que estábamos.

Los minutos parecían siglos y el reloj diríase que acortaba su marcha para hacerme sufrir. Iban á dar las cinco cuando se abrió la puerta y el criado anunció á D. Andrés Farnelli. ¡Entonces sí que el pícaro olvidado hizo de las suyas! Quedéme pálida como la muerte y unos tremendos martillazos que dados en el pecho me repercutían en las sienes, me impidieron ver y oir con claridad.

Como cosa soñada, he aquí la impresión que guardo de la entrevista.

Andrés al verme de aquella traza y con mis hijas, quedóse confuso y como cortado. Después del saludo de rú-

brica, hubo un momento de angustioso silencio que rompí yo diciendo con voz insegura.

—Le sorprende á V. sin duda alguna hallarme en esta ocupación? Es que no me conoce sino como mujer de mundo y no se acuerda de que también soy madre.

—Madre, que bien puede pasar por hermana mayor entre sus hijas—contestó serenándose el galante caballero.

Luego, mientras hablábamos de cosas superficiales y sin interés, nuestras almas entablaron inefable diálogo. La mía suplicante, pedía piedad en nombre de mis hijas. La suya generosa accedió al sacrificio. Fué un poema mudo.

Venía—dijo levantándose—á despe-

dirme de V., me han destinado á la Embajada de Berlín...

—Adiós Marquesa.

—Adiós Andrés—le contesté—y apenas se cerró la puerta tras él, cuando estrechando sobre el pobre vencido las adorables cabecitas de mis hijas, bañé con mis lágrimas sus guedejas de oro.

Ellas me habían salvado mostrándome un camino seguro y venturoso. Mi vida tenía objeto. Desde aquel día vivo para mis hijas.....

UNA AVENTURA

UNA AVENTURA

En aquella tertulia cuyo punto de reunión era la mesa de un café, se hablaba y discutía de todos cuantos asuntos pueden caer bajo el dominio de la humana inteligencia.

El amor y las mujeres eran, como siempre acontece en reunión de hombres, el tema más favorecido. Aquella tarde fría y lluviosa del mes de Noviembre, había tocado la vez á los lances amorosos: sobre ellos disertó largo rato Manolo Gutiérrez, hablando mu-

cho y bueno, pues era hombre que se hacía siempre escuchar con agrado tanto por su fácil palabra, como por su discreto discurso.

—Dijo, entre otras muchas cosas,— que han pasado los tiempos de lo maravilloso y de lo extraordinario; que la vida del día es por demás insípida y monótona en cuanto al amor atañe, y que son muy contados los que guardan en el libro de sus recuerdos una página amorosa, original y bella.

El amor no se hace sino que se compra hecho,— añadió para terminar, — y puede darse como seguro, que gozará más de él, quien mayores bienes de fortuna posea, pues en el pecho del moderno Cupido en el sitio que corresponde al corazón, sólo ha-

llaréis un letrero que dice: Se vende.

Calló el que hablaba y hubo algunos momentos de general silencio. Transcurridos que fueron, tomó la palabra el pintor Pepe Roldán—un muchachote rubio, alto y fornido, raro ejemplar de varonil belleza,—y habló de esta manera.

No obstante ser por desgracia ciertísimo todo cuanto Manolo ha dicho, ocurren sin embargo en nuestros días raros lances de amor: yo he sido protagonista de uno muy extraño, el cual os voy á relatar dando fe de su rigurosa exactitud.

. Cuando esto aconteció vivía yo en Chamberí, con objeto de tener en la misma casa habitación y estudio. Trabajaba entonces con verdadera furia,

y tan era así, que nunca suspendía mi tarea hasta anochecido, hora en que iba á la capital, bien con el propósito de dar un paseo, ya para distraerme un rato en compañía de los amigos: después regresaba á mi domicilio para cenar, haciéndolo siempre en el tranvía y á la misma hora.

Varias noches entró en el vehículo á la par mía una mujer alta y esbelta, de arrogante tipo, vestida de luto y cubierto el rostro por velo tan espeso, que con dificultad se apreciaban sus facciones; no obstante se adivinaban lo suficiente para comprender que la desconocida era una bellísima hembra.

Á las pocas noches de encontrarnos picóse mi curiosidad y comencé á mirarla obstinadamente, con fijeza raya-

na en impertinencia, como casi siempre miran los hombres á las mujeres muy hermosas. Entonces advertí con asombro, que ella, lejos de molestarse, correspondía á mis miradas. Puede decirse que desde aquel momento existió entre nosotros un tácito convenio: ninguno dejó de acudir al tranvía, ni dejábamos de devorarnos con los ojos durante el trayecto que juntos hacíamos.

Ella se apeaba siempre en las afueras y en una calle solitaria y obscura: yo continuaba mi camino siguiendo con la vista mientras me era posible la silueta de su gallardísimo cuerpo.

Así las cosas, llegó un momento en que comprendí caería en el ridículo si demostraba timidez con una mujer que

de aquel modo me incitaba al atrevimiento; en vista de lo cual, una noche me apeé del tranvía á la par suya y me fuí tras ella.

Tomó la dama por una calle lateral por donde nadie transitaba á aquella hora y volvió repetidas veces la cabeza, como dando á entender que no dejara de seguirla. Así lo hice.

La noche estaba cerrada y aquel lugar solitario y muy mal alumbrado.

Viendo que todo me favorecía, decidíme á acortar las distancias y hablar á la desconocida: cuando iba á poner en obra mi pensamiento, detúvose la dama ante una casa de modesto aspecto y abrió con presteza la puerta; allí aguardó unos instantes para dar tiempo á que me aproximase; lo hice, di-

ciéndome entonces con voz demudada y temblona.—Entre usted, y si es caballero, ni me haga la menor pregunta, ni encienda luz.

Entré, hízolo ella también cerrando tras sí, y todo quedó sumido en profunda obscuridad. Cogióme luego de la mano, y como persona diestra en el terreno, me introdujo en una habitación, que á juzgar por la mullida alfombra que cubría el pavimento, y por la finura de cortinas y almohadones, debía estar muy bien amueblada.

Sobre lo que allí aconteció haremos lo que los novelistas cursis, correremos un velo... Sólo os diré, que cuando salí de aquella entrevista, que duró cerca de una hora, quizá la mejor de mi vida, había jurado no hacer nunca la

menor diligencia que pudiera conducirme á descifrar aquel enigma.

Pasó bastante tiempo, algunos años, sin que volviera á ver en parte alguna á la hermosísima dama que había tenido entre mis brazos y cuyo recuerdo era para mí una obsesión. En vano acudí al tranvía á la hora de nuestros pasados encuentros; en vano pasé ante la misteriosa vivienda que siempre hallé solitaria y cerrada.

Un día, ocurrióseme ir á casa de una parienta, señora muy encopetada, á quien visitaba muy de tarde en tarde; al entrar en la sala, la encontré acompañada de un matrimonio al que fuí presentado. Era él, el señor de Z, un vejete resblandecido de la médula, cuyo nombre era popular á fuerza de millo-

nes. Su esposa en cambio era una bellísima mujer, alta, morena, de arrogante tipo, de mirada imperiosa y fría. Verla y reconocer en ella á la enlutada dama, heroina de mi extraña aventura, fué todo uno.

Su rostro al saludarme no sufrió alteración alguna; para aquella señora no era yo más que un caballero que acababan de presentarle.

Torturaba yo mi pensamiento con la idea que otras veces me había preocupado; la de averiguar el móvil del extraño proceder de la dama, cuando entró la doncella de mi parienta, conduciendo de la mano un hermoso niño, á quien había llevado al comedor para darle unas golosinas.

Aquella criatura rubia, sonrosada,

fuerte y saludable, era hijo de aquel matrimonio.

Por casualidad me miré en un espejo y al ver que el niño se me parecía hasta el extremo de ser mi vivo retrato, hízose la luz en mi pensamiento, hallando la clave con tanto afán buscada.

Aquella bellísima mujer, no había buscado al entregárseme de tan inusitado modo la satisfacción de un liviano capricho, ni el desahogo á una impetuosa y contenida pasión, nó; era sencillamente una ambiciosa, que se había valido de mí para procurarse un heredero al cuantioso caudal de su decrépito marido.

Conque juzguen ustedes ahora, dijo el pintor terminando su relato, si á pe-

sar de ser nuestro tiempo insípido y monótono, no ocurren sin embargo raros lances de amor y aventuras que rayan en lo maravilloso.

EL MAYOR MONSTRUO...

EL MAYOR MONSTRUO...

En el teatro Real el célebre tenor Tamagno cantaba por primera vez el *Otelo:* aquella noche la curiosidad había vencido á la moda que exige llegar tarde á los espectáculos teatrales, y no obstante faltar algunos minutos para la hora señalada la sala estaba casi llena.

Palcos y plateas exhibían á modo de estuches, blancas desnudeces, brillantes joyas y lucientes sedas. Los abanicos acariciaban los femeniles rostros con aleteos de pájaros, y las rojas bo-

cas charlaban sin descanso con murmurio de arboleda movida por el viento. En las butacas las plumas y las flores de los sombreros fingían un exótico jardín. Los hombres discurrían por los pasillos luciendo las inmaculadas pecheras, ceñido el cuerpo en el correcto frac. La luz eléctrica que desde lo alto caía á torrentes, lo bañaba todo en sus blancuscos y lívidos reflejos.

De pie junto á nuestras butacas y de espaldas al escenario, Alberto Durán y yo hablábamos de los celos: la obra que iba á representarse fué sin duda alguna la que hizo recaer la conversación sobre este tema. Alberto, hombre de mundo, muy fino y muy simpático, discípulo ferviente de Lubbock, enamorado de los placeres mansos, de los

goces fáciles y serenos, exentos de sobresaltos y hondas inquietudes, decíame, que no comprendía el amor-pasión, amor febril, enfermedad dolorosísima que torna al hombre receloso, brutal y sombrío, y al mismo tiempo exaltado y poético, conduciéndole en suma á un verdadero estado patológico. Como necesaria consecuencia eran para él más incomprensibles aún los celos, pasión bárbara y atormentadora, que arrastra al hombre á los mayores desvaríos, tornándole agresivo como macho en celo, feroz y sin entrañas, predispuesto al crimen, estado por todos conceptos indigno de un sér de nuestra raza y de nuestra cultura.

El genio de Shakespeare con una intuición admirable había encarnado los

celos en un negro, en un sér inferior, simbolizando así la naturaleza de esa pasión grosera y primitiva. Los celos reminiscencia de tiempos remotos en los que la mujer era propiedad del hombre, desaparecerán seguramente con el progreso, cuando la simpatía y el afecto sean los únicos vínculos que rompan ó anuden los lazos del amor; éste, la flor más bella de la vida, no debe ofrecer á los mortales más que aromas y mieles, espinas nunca.

A este punto había llegado mi simpático amigo en su inspirada peroración, cuando abriéndose la puerta de una platea inmediata al sitio en que nos encontrábamos, dió paso á una graciosa figura de mujer: entró después un caballero, el cual apresuróse á

recoger la larga capa que ella se quitó con elegante desenvoltura. Sentáronse ambos, pudiendo entonces examinarlos á mi sabor.

Lo que desde luego atrajo mi atención, fué que la dama siendo joven, y así lo proclamaban la frescura de su cutis y la esbelta delicadeza de su talle, tuviese el cabello completamente blanco. Era un tipo de mujer delicioso, de una finura incomparable; creeríase que se había empolvado el cabello con objeto de hacer resaltar más el sonrosado de su rostro, ó bien que estaba preparada para un baile de disfraces; en suma, algo primorosamente extraño, que hacía pasar ante los ojos figulinas de Saxe y traía á los oídos suaves y delicados compases de minuet. Todo

en ella era armonioso, afinado y como desvanecido, contribuyendo también la extremada sencillez de su traje de raso negro, sin adornos ni alhajas, á producir la sensación de que era aquella una mujer fantástica, de quimera y ensueño.

Su acompañante que debía doblarla en edad, era alto, de distinguido porte, de rostro aguileño y ceñudo que tenía un no se qué de guerrero antiguo, de recia complexión, revelando en su aire y ademanes, el vigor y la soltura de un hombre avezado á los ejercicios violentos.

Mi observación fué interrumpida por mi amigo, que, adivinando mi curiosidad, me dijo—siéntate y escucha una tan misteriosa como extraña historia, que viene aquí muy de propósito por

tratarse de un caso agudo de la bárbara enfermedad de que antes nos ocupábamos.

Nos sentamos, y en los pocos minutos que restaban para que la ópera empezase me contó lo siguiente.

El Marqués de Castell Dorado, título de rancio abolengo, era á pesar de haber cumplido los cuarenta, lo que se llama un real mozo. Muy rico, soltero y sin familia, vivía entregado por completo al *sport*, esto unido á los exquisitos cuidados con que regalaba su cuerpo, le hacían conservarse fresco y saludable como un muchacho.

La caza, la esgrima y la equitación eran sus habituales ocupaciones; el resto del tiempo lo pasaba en el Casino, que es el hogar de los que no le tienen.

Del amor opinaba como Napoleón, que la victoria está en la huída, y en consecuencia con este principio, contentábase con los amores fáciles, amores alegres de la carne en los que para nada entra el corazón. Compraba mujeres como escopetas y caballos, para que le proporcionasen placer.

Acorazado por su egoismo, era el Marqués el más feliz de los mortales, cuando el destino que es caprichoso y despótico como rey absoluto, hizo que durante su estancia en un balneario tratase con intimidad á Pepita Suárez, una virgen loca, como la llamaría Benavente, una chiquilla monísima que tenía sencilleces de colegiala y atrevimientos de cocotte, una encantadora criatura tan ingénua como perversa,

que poseía el misterioso don de embaucar á cuantos hombres la trataban.

La vida de balneario se presta á las mil maravillas para enredar un amorío; el trato constante por mañana, tarde y noche, el palique, único recurso para distraer el aburrimiento, todo contribuye á que se adquiera más confianza en un mes de aguas que en un año de amistad corriente.

Era Pepita el mismísimo demonio y el Marqués, fiado en su superioridad de hombre de mundo, se entregó con ella á un flirt por todo lo alto, lo cual dió por resultado que el solterón empedernido se enamoró como un cadete.

Terminó la temporada y el Marqués, según su añeja costumbre, partió para Londres, pensando que allí olvidaría lo

que á él se le antojaba simple coqueteo. Paseó su nostalgia por toda Inglaterra, y así que hubo hecho un sincero examen de conciencia, se confesó que estaba enamorado de Pepita y que no sería feliz, ni recobraría la tranquilidad, mientras no se casase con ella.

Volvió á Madrid y sin preámbulos ni rodeos que le parecieron impropios de su edad, manifestó sus deseos á la muchacha: oyólos ésta como cosa esperada, y acto seguido contestó á su demanda de modo afirmativo. A los seis meses Pepita Suárez era Marquesa de Castell Dorado.

Afirma la murmuración—y aquí empieza lo íntimo—que el Marqués al regresar de su viaje de novios é instalarse en la Corte, manifestó á su esposa la

norma á que debía ajustar su conducta. Sin duda alguna, comprendió que ella se había casado con su título y con su riqueza, no con su persona, por lo cual, es fama que le habló de este modo.—Tendrás absoluta libertad é independencia, que yo no quiero en tí una esclava, sino una compañera. Jamás me informaré ni de tus amistades ni de tus diversiones; pero acuérdate que te he dado mi nombre, un nombre sin tacha que debes respetar.

Pasaron dos años; la Marquesa era la mujer á la moda, la más bonita, la más discreta, la más elegante de Madrid. El Marqués volvió á su vida disipada de *sportmant*, aunque no faltó quien afirmase que estaba cada día más enamorado de su esposa.

La murmuración que hasta entonces había respetado á la Marquesa, le asignó de improviso un amante: era éste Manolo Vilar, un gomoso que gozaba de gran auge entre las damas por su mala lengua, una sátira mujeriega que hería con certeros alfilerazos, y por entender de trapos y modas femeninas como un consumado modisto.

No faltaron almas caritativas que mediante el anónimo informaron al Marqués de lo que la maledicencia afirmaba: éste ni se dió por enterado, ni hizo la menor advertencia á su esposa, ni alteró en lo más mínimo su género de vida.

Hubo por aquel entonces un gran concurso de tiro de pichón: tirábase el campeonato de España, y á juzgar por

el número y la calidad de los tiradores que iban á disputárselo, la lucha prometía ser reñida.

En la segunda tarde de tiro, que era cuando el campeonato se decidía, la concurrencia era numerosa y selecta, gente conocida; á este espectáculo no concurre el vulgo. Las damas charlaban entre sí viendo tirar; el sexo fuerte agrupado en compacto pelotón, apostaba crecidas sumas anunciando en voz alta la proporción en que el dinero se ofrecía según la bondad de los tiradores: un franco regocijo reinaba en todo aquel recinto.

De las sesenta escopetas que se habían disputado el premio, sólo tres quedaban dentro de la *poulle;* entre ellas hallábase el Marqués, que por es-

tar muy en tiro, tenía grandes probabilidades de éxito.

En aquel crítico momento llegó la marquesa. Vilar que como siempre apostaba desaforadamente, aunque era proverbial que no se le conocían rentas, oficio ni beneficio, acudió presuroso á ofrecerla el brazo. La condujo á un grupo de señoras y luego de cambiados los saludos de rúbrica, se sentaron ambos á parte, entablando íntimo y animado diálogo.

Los dos contrincantes del Marqués habían errado sus respectivos pájaros: era llegado el momento supremo; si éste mataba, suyo era el premio y el dinero, que ascendía á la bonita suma de treinta mil pesetas.

El Marqués, tranquilo en apariencia,

salió á la *cinta*. Hubo un momento de general silençio.—¿Listo?—Listo, contestó el empleado que mediante una manivela abría las cajas. Después de unos segundos, durante los cuales el tirador balanceó suavemente la escopeta casi pegada al hombro, oyóse su voz enérgica que decía—¡pájaro!

Abrióse una de las jaulas, y el pichón no voló; rehusólo el tirador, y abriendo la escopeta según es costumbre, volvióse hacia el público en espera de que pusieran otro.

En aquel instante sus ojos toparon con la Marquesa y con Vilar: escribía éste en el cartoncillo en que se anotan las tiradas: dióselo á ella acto seguido y apenas hubo leído lo escrito, cuando rompió á reir estrepitosamente,

como de un chiste donosísimo. A su vez tomó también el lápiz y escribió algo muy breve, dos palabras á lo sumo, devolviendo después al caballero, lápiz y cartoncillo.

De esta escena, que duró cosa de un minuto, no perdió el Marqués un solo detalle.

Habían repuesto el pájaro y tenían que tirar: hízolo con tan mala suerte que dejó ir un pichón sumamente fácil.

Un murmullo de asombro y alegría resonó en el público. Buen pájaro has errado – le dijo un amigo. –Ya me desquitaré, contestó el Marqués con voz sorda y velada. Continuaron tirando y éste erró nuevamente ganando el premio el conde del Real. Entre vivas y aplausos se descorchó el *champagne.*

Dirigióse el Marqués hacia donde se hallaba su esposa, en el instante en que ésta hacía pedazos el cartón de las anotaciones.

Díjole si quería tomar algo y ante su contestación afirmativa, la condujo hasta la mesa donde el *lunch* estaba preparado.

Después alejóse de allí y llamando aparte á un criado de su confianza, habló con él breves momentos: al rato entrególe éste un sobre, después de lo cual pretestando una indisposición, abandonó el tiro.

Llegado que hubo á su casa, se encerró en su despacho y rompiendo el sobre vació sobre la mesa su contenido: eran los pedazos del cartón destrozado por su esposa. Pacientemente los unió unos

con otros, hasta reconstituirlo por entero, entonces pudo leer lo que en él había escrito. A un lado la lista de los tiradores; después los unos y los ceros que indicaban pájaros muertos ó errados; luego y en la parte que quedaba en blanco decía: —Viendrez-vous demain? —y por bajo en letra menuda de mujer: —J'irais.

Aquella misma noche en el Casino, con motivo de una jugada de bacarrat, el Marqués abofeteó á Manolo Vilar: á la mañana siguiente le atravesó el pecho de una estocada; el herido sobrevivió al lance quince días.

La Marquesa salió para sus posesiones de Toledo. Durante cinco años nada se supo de ella. Según unos, viajaba; otros daban como seguro que

estuviese gravemente enferma; los mejor informados decían «sotto voce.» que su esposo la tenía secuestrada y hasta que la sometía á torturas horribles.

La entera verdad nadie la supo á punto fijo; lo único cierto es, que cuando nuevamente se presentó en sociedad, tenía el cabello completamente blanco.

. . . . . .

La orquesta comenzó la sinfonía. En la próxima platea la elegante pareja hablaban lenta y discretamente. Ella con su figura primorosa y extraña que hacía pasar ante los ojos figulinas de Saxe y traía á los oídos suaves y delicados compases de minuet. El, de distinguidísimo porte, de rostro aguileño

y ceñudo que tenía un no se qué de guerrero antiguo, de recia complexión, revelando en su aire y ademanes, el vigor y la soltura de hombre avezado á los ejercicios violentos.

¿Quién hubiera podido sospechar que bajo aquellas brillantes apariencias se ocultaba tan sangriento drama?

LA HETERA

LA HETERA

Anochece: es la hora de la vuelta del paseo.

En desordenado tropel, calle Alcalá arriba, suben sin número de coches, pudiéndose observar en ellos bien á las claras las diferencias sociales.

Son los coches como las personas que los ocupan; ricos ó pobres, cursis ó elegantes. Los hay correctos como verdaderos aristócratas; lujosos pero sin gusto, como vulgares *parvenus;* pobres con visos de riqueza que pre-

gonan el quiero y no puedo de la clase media; modestos y destartalados, alquilones, en fin.

Como van juntos en la vida, así regresan de paseo la aristocracia del dinero y la de la sangre; los políticos y los artistas, las damas y las cortesanas.

Y en confuso pelotón y al acompasado trotar de los caballos, suben, suben los coches por la calle Alcalá, á la caída de la tarde, cuando comienzan á desvanecerse en la penumbra de la noche que llega, colores y figuras, levantando fina polvareda en la que se esfuman vehículos, animales y personas produciendo la borrosa impresión de un cinematógrafo gigante.

Graciosa y estudiadamente recostada en los almohadones de flamante *mi-*

lord, viene una mujer vestida de blanco.

Es rubia, de un rubio cobre producto de la química; delgada y al parecer esbelta. Muy negros y pintados los ojos; muy pintados y rojos los labios.

Lleva un sombrero raro y de atrevida forma; de fieltro blanco, prendido con agujas terminadas en turquesas y con un enorme penacho de plumas que se balancean suavemente á los blandos movimientos del coche.

Sin ser hermosa, posee un atractivo irresistible: Es el vicio.

Las damas que á su lado pasan, la miran y murmuran:—Va muy bien vestida.

Los hombres la desean y sonríen discretamente como diciendo: la conozco. Y todos la conocen. ¡Ya lo creo!

Como que son ellos los que la han colocado en el lugar que ocupa.

Ella no era nada; una hija del pueblo; una chiquilla delgaducha y ojerosa que vendía flores por las calles y escuchaba impasible las obscenidades que los hombres la decían.

Más tarde, impasible también, vendió la flor de su inocencia. Fué al sacrificio tranquila, sin gusto, pero también sin asco, como á cosa tenida por inevitable. Y dió comienzo á su carrera.

Su cuerpo fuese puliendo y afinando en manos y babas de viejos lujuriosos y señoritos ricos. Su alma vulgar y canallesca de hija del arroyo, en la cual apenas si existían pensamientos honrados, porque jamás tuvo quien se los enseñara, sufrió todas las ignominias y

conoció todas las bajezas que la humanidad esconde en su seno. Mercancía siempre dispuesta para el mejor postor, siguió su ruta de miseria y vicio arrastrada ciegamente por ley inexorable del Destino.

Los hombres la desprecian: sólo tienen para ella golpes y palabras brutales; asquerosas caricias y billetes de Banco.

Y, sin embargo, la desdichada hetera es obra de ellos mismos. La obra de la maldad y el humano egoismo.

Prosigue tu camino: pobre mujer, graciosa y estudiadamente recostada en el lujoso coche. Prosigue tu camino entre las discretas sonrisas de los hombres que te desean y las curiosas miradas de las damas que te desprecian.

Prosigue.... que si es verdad que ha de haber una hora de verdadera justicia, en ella obtendrás seguramente cumplida rehabilitación y el lauro del martirio.

Pobre irresponsable arrastrada al vicio por la indiferencia y el egoismo brutal de la sociedad en que vives, eres así y todo, mejor que muchas de las encopetadas damas que con altanería te desprecian.

Ellas á quienes educaron en la bondad, son malas porque tienen almas viciosas y perversas.

Tú lo eres fatal y necesariamente, porque jamás te enseñaron á ser buena.

CYRANO

CYRANO

Para Juan R. Jiménez.

Poeta y artista por su alma, Marte por su denuedo y bizarría, es Cyrano, no obstante lo deforme de su rostro, un ideal.

Nuestro siglo y su decantado progreso han empobrecido la vida quitándole variedad y colorido; la han hecho gris y uniforme.

He ahí por que es para mí Cyrano un ideal.

Representa tiempos poéticos, que lo son más quizás por ser pasados; tiempos de aventuras galantes inverosímiles y de guerras crueles; de amores y duelos; tiempos en los que los mancebos vestían, como refinadas damiselas, joyas, sedas y valiosos encajes, y en los que las damas eran atrevidas, licenciosas y provocativas.

Entonces presentábanse ante el espíritu del hombre inquieto y soñador, mil extraños caminos para alcanzar la riqueza, el amor ó la gloria. El valor tenía donde mostrarse, ya en guerras, ora en lances y duelos, que eran frecuentísimos. El amor, campo abierto para sus escarceos. La poesía, dulces endechas que componen á la dama querida, ó rudos comba-

tes que cantar en sonoros romances.

Nuestra vida de hoy es *descendente:* creemos ir á más porque los eléctricos cables forman un enrejado que nos oculta el cielo, y vamos seguramente á menos, porque la vida es cada vez más igual, más ordenada, más monótona é insulsa.

Ya no hay aventuras posibles. El amor apenas si existe; ó es matrimonio de conveniencia ó grosero amancebamiento. Las guerras las decide el dinero y los combatientes luchan á tal distancia, que para nada ó casi nada les sirve el valor personal. La poesía está enferma, delirante; no canta más que nostalgias y tristezas, días que agonizan, amores muertos, flores de luto, cantos en fin de un sér que fenece.

Nuestras ocupaciones, nuestros recreos, las casas que habitamos y las ropas con que nos vestimos, todos son igualmente pedestres y vulgares, de una uniformidad desesperante.

Cyrano vale más que Don Juan: es el triunfo del espíritu sobre la materia. Don Juan es hermoso y perverso; ni tiene conciencia, ni respeta nada; mata, viola, profana, traiciona, insulta á su padre y escarnece al amigo; es en resumen un héroe canallesco é infame.

Cyrano en cambio es feo pero posee un alma grande y delicada; ama y calla su amor toda su vida; sacrifícase por hacer feliz á su adorada; es noble, poeta, caballero: es en suma un alma generosa y fuerte.

Cyrano vale más que D. Juan.

Quizás para nosotros, espectadores de la muerte de un siglo que tuvo como ideal el interés, Cyrano resulte incomprensible; pero los idealistas, los inquietos, los soñadores de otra vida mejor, siempre escucharán con inefable encanto las palabras del héroe de Rostand cuando dice:

«..... Mais... chanter.
Rever, rire, passer, être seul, être libre,
Avoir l'oeil qui regarde bien, la voix que vibre
Metre, quand il vous plait, son feutre de travers,
Pour un oui, pour un non, se batre,—ou faire un vers!
. . . . . .
. . . . . .
N'ecrire jamais rien qui de soi ne sortit.
. . . . . .
. . . . . .
Vis—á vis de soi—meme en garder le merite,
Bref, dédaignant d'etre le lierre parasite,
Lors meme qu' on n' est pas le chene on le tilleul,
No pas monter bien haut, peut—etre, mais tout seul.»

He ahí por qué Cyrano es un ideal.

Porque simboliza una vida libre, pródiga en accidentes, llena de amor, de fuego, de poesía, de damas provocativas como cortesanas, y de valientes caballeros vestidos como damiselas...

Vida verdad.

. . . . . .

El decantado siglo del adelanto agoniza entre los estampidos de la dinamita que los anarquistas queman en su loor.

Los pueblos se destrozan como hermanos.

La industria y el comercio son nuestras únicas ocupaciones.

Todos somos iguales.

Al entierro del siglo acudiremos vestidos de levita y sombrero de copa.

LOS AMANTES DE SOFÍA

LOS AMANTES DE SOFÍA

(Novela epistolar)

I

Mi queridísima Carola: Me dices en tu carta, que para indemnizarte de mi largo silencio, te cuente con pelos y señales todo cuanto me ha sucedido en la Corte, en los seis meses justos que hace que salí de Sevilla: pues bien, para que perdones mi pereza—no digo olvido, porque un cariño como el que nos une no puede olvidarse—voy á sa-

tisfacer tu natural deseo, echando mano para ello á todos mis recursos de escritora, que ya recordarás que siempre tuve mis pujitos de literatuela; una de las herencias que me legó mi madre que además de histérica era inspirada poetisa. Y sin más preámbulos, entro de lleno en el asunto.

En casa de mi prima Adela no estuve más que quince días. Una tarde, con gran misterio y después de recomendarme seriedad y compostura, me presentaron á un señor anciano, de barba blanca, propio retrato del San Pedro que hay en la Catedral de esa. El cual santo, digo señor, después de haberme hecho preguntas muy extrañas, que de qué familia era, si tenía buen carácter, si gozaba de buena salud, y luego que me

hubo examinado con minuciosidad, me hizo la siguiente proposición que yo escuché atontada y con la boca abierta: Me amueblaría un piso á mi gusto; tendría una criada á mi servicio; un abono para comer en una buena fonda, y cincuenta duros al mes para alfileres. Yo me quedé toda de una pieza y como quien ve visiones. Como es natural acepté, y al siguiente día vino una muchacha á ponerse á mis órdenes con objeto de acompañarme á la elección de muebles. El piso ya estaba tomado, un precioso entresuelo en la calle del Desengaño.

Yo no me anduve con chiquitas: muebles blancos, iguales á los de la señora de González, última casa en que estuve de institutriz antes de lanzarme

á esta vida; alfombras de esas en las que los pies se hunden al andar; ricas cortinas de terciopelo; un cuarto de baño todo de espejos y mármoles rosados que es una verdadera monada; en fin hija, un sueño convertido en realidad, por obra y gracia del mismísimo demonio.

La muchacha que me sirve y acompaña al mismo tiempo, me informó de los gustos del Apóstol—este es el mote que le he puesto á mi viejo.—Me había de bañar diariamente, perfumándome con «Vera Violeta» hasta las medias que—¡asústate Carola!—son de seda y cuestan cuatro duros el par. Tenía que ser comedida y bien hablada, honesta y respetuosa. Los trajes que usase, serían buenos, pero no llamati-

vos, con objeto sin duda de que me diesen cierto aspecto de mujer honrada. Al teatro me era permitido ir dos veces por semana; á paseo cuando gustase siempre que me acompañara Rosalía, que entre paréntesis, es muy simpática y muy linda. En resumen, una porción de órdenes y caprichos todos por este estilo.

El Apóstol viene á verme de noche, casi siempre á las nueve; está conmigo un par de horas; me habla con dulzura y cariño de cosas indiferentes; me sienta sobre sus rodillas; me acaricia, me besa, haciéndome reir con el cosquilleo de su barbaza blanca y perfumada y después se va y hasta mañana, sin que nada más, podría jurarlo, pase entre nosotros. Díme Carola, ¿has

podido tú imaginar cosa más extraña?

Según Rosalía es un señor muy rico, riquísimo, y además muy bueno: casi un santo de carne y hueso. Ocupa un alto puesto en la política y es presidente de un tribunal muy importante. Dicen también, que tiene numerosa familia y que es en su casa muy desgraciado; buscando por eso una mocita fresca y salada que le quite las penas, imitando al sabio Salomón que allá en lo antiguo hacía otro tanto; aunque yo digo que ese sabio fué un truhán de primera y no un bendito como lo es mi Apóstol. ¿Podrás creer que le he tomado cierto cariño? Se me figura que es un abuelo mío que ha resucitado.

La verdad es, que al principio me

aburría un poquillo—y ahora viene lo más sabroso;—mas es el caso, que como mi santo notara que yo andaba tristona, me dijo, que él comprendía el origen de mi tristeza y que procuraría remediarla, mandándome gente moza para que me hiciese la tertulia, en horas por supuesto distintas á las suyas. Esta proposición me llenó de asombro. ¿Qué se proponía el Apóstol con aquello? ¿Intentaría tal vez poner á prueba mi fidelidad? Puesta, pues, en guardia y sobre aviso, esperé los acontecimientos.

Desde entonces, comenzaron á venir por las tardes muchachos á mi casa. Quién los enviaba, ni yo lo se, ni ellos me lo dijeron nunca. De lo que puedo dar fe, es de que era gente fina y adi-

nerada, señoritos de la aristocracia. Jugábamos al monte, bebíamos jerez, que ellos ni que decir tiene pagaban, pasando en fin, ratos muy agradables. Todos me cortejaban y yo á ninguno hacía caso, aunque también confesaré si he de decir verdad, que me iba ya cansando de mi obligado ayuno.

Aunque eran varios los que mi casa frecuentaban, tres puede decirse lo hacían con constancia y casi á diario. Un Duquesito muy gomoso y estiradete, rubio, guapín, que usaba unos chalecos rojos con botones dorados y unos cuellos muy altos y un lazo de corbata inverosímil por lo estrecho. Este niño que parecía un inglés, no hablaba más que de sus yeguas y de su *fox*, unos perritos ratoneros que han dado

en llevar los elegantes á todas partes.

Rodolfo, poeta modernista, así lo anunciaban sus tarjetas—era otro de mis contertulios y adoradores. Un angelito delgado y ojeroso, con cara de hambre, que invertía el tiempo en suspirar y en decirme cosas estrambóticas. No apartaba los ojos de mis pies y aunque los tengo muy bonitos me chocaba aquella admiración pedestre. Más tarde verás lo raro de su monomanía.

Era el tercero Rodrigo, chico campechano y simpático, que cantaba flamenco que era un primor y no tenía más falta, ó mejor dicho más sobra, que el vino demás que siempre llevaba en su cuerpo: era una bota constantemente llena. Llamaba él á su estado empalmarlas ¡pero hija de mi alma, que

empalmes!, nadie por buena vista que tuviese, hubiera podido percibir los puntos de unión de aquella borrachera perpetua.

Díme querida Carolilla, ¿qué te parecen los tres caballeritos?

Pues para que te asombres; los tres, ¡los tres! — música — ¡¡los tres!! han sido mis amantes.

Pero esta carta peca ya de larga y dejo tan peliagudo asunto para la próxima. Te abraza tu entrañable amiga. — *Sofía.*

II

Veo en la tuya amada Carolina, que he despertado tu curiosidad, y que ar-

des en deseos por conocer, las trazas y artimañas de que me he valido para coronar á mi santo sin que se percate de nada. Pues escucha y tiembla, como dicen en no se qué dramote. Pero vamos por partes, que principio quieren las cosas.

Yo, la verdad sea dicha, comenzaba á cansarme de tanta santidad y aunque no pensase en querer por lo serio, pues me hallo aún muy dolorida de la infamia de Jenaro, infamia que hizo de una mujer honrada una *cocotte*, sentía algo así como ganitas de holgarme y divertirme un poco; en fin, que estaba dispuesta á buscar un devaneo que fuese la pimienta de aquella vida tan sosona. El Apóstol no sabrá nada— pensaba — porque Rosalía está por

completo de mi parte, y si se entera, tal día hizo un año, que ya comienza á cargarme este santo de pega. Y voy al grano.

Una tarde desapasible y fría, creo que nevaba, sentada junto á la chimenea, entretenía mi aburrimiento con un libro francés que el Duquesito habíame dado. Era una novela de un verde muy subido, en la cual sucedían las cosas más estupendas que puedas tú soñar; atrocidades é indecencias de esas que son buenas para hechas pero no para ser escritas: pues bien, cuando más engolfada me hallaba en la lectura, y cuando me había convencido, de que la heroina del libro era yo misma y de que todos aquellos lances me sucedían á mí, siento de improviso que unas

manos ciñen mi talle, unos labios se unen á los míos y antes que lograse volver de mi asombro, había imitado fielmente á la protagonista de la novela. El galán era el propio Duquesito; aquel encuentro inesperado y novelesco me agradó en extremo.

Le tuve por amante un mes y fue mucho aguantar. ¡Qué hombre más grosero y anodino! No hablaba más que de su cuadra; me llamaba Zulima, el nombre de su yegua favorita; traía siempre consigo dos perritos, dos antipáticos animaluchos, que me destrozaron una colcha de seda y escogieron mi alcoba para hacer sus gracias; en fin, hija, que el Duque en cuanto se desnudaba y adquiría confianza, dejando á un lado su corrección inglesa,

era todo un cochero. Reñimos, porque se empeñó en meter los perros en mi cama y además porque trajo una fusta, según decía, para domarme. ¡Ni que fuese yo un potro!

—Niño,—le dije—se acabó lo que se daba; á casita con tu fusta y tus animaluchos, y si quieres domar á alguien, doma á tus papaítos, que seguramente lo necesitarán cuando no han sabido educarte mejor. Y lo eché á la calle.

Entretanto, el Apóstol continuaba viniendo á la hora de costumbre. Si tenía sospechas ó si conocía mi traición no lo sé; lo cierto es, que seguía conmigo tan cariñoso como siempre. No obstante, á mí me pareció ver en sus ojos tristeza, algo así como ganas de llorar. ¡Qué hombre más extraño! Nun-

ca me dijo nada de su vida, ni de su familia, ni de las muchas penas que según el decir de la gente tenía. Siempre fué el mismo, mudo, impenetrable, tierno y afectuoso: un misterio.

Yo había vuelto á mi soporífera existencia y en ella hubiera continuado hasta sabe Dios cuando, á no ser por el poeta, el larguirucho de la cara mortuoria, que al enterarse de que yo había roto con el Duque, creyó llegado el momento oportuno de hacerme una declaración. Sería tontaina el pobrecito. ¡Como si con una mujer de mi clase se usasen fórmulas semejantes! Me escribió una carta pidiéndome una cita á altas horas de la madrugada: en su epístola me decía las cosas más extraordinarias que he oído en mi vida.

Me llamaba nenúfar ideal, flor de carne, sacerdotisa de Afrodita y otra porción de disparatones, que, me hicieron colegir que el pobre estaba algo ido de la chabeta.

Por reirme de él y por ver lo que hacía, le concedí la cita pedida á las tres de la madrugada, un martes y día trece por añadidura.

Aunque hice firme propósito de no dormirme, cuando el espectro llegó, era yo un peñasco. Despertóme Rosalía y antes que volviese del todo en mi acuerdo, cayó de rodillas y á mis pies el espantajo. Desgreñado y con la cara color de aceituna, me besaba las zapatillas, diciendo con voz quejumbrosa.—Tú eres el blanco cisne de la esperanza, que cruzas por el lago rojo de mi

existencia.—Y seguía besándome los pies. Luego me llamó Ofelia y me dijo: —Vete á un convento.—Todo lo cual era tan profundamente ridículo tratándose de mí, á aquellas horas y en aquél lugar, que sin poder contenerme rompí á reir del modo más estrepitoso.

Quedóse el poeta muy corrido y cortado: le animé yo sacándole del atolladero, y en resumen, ¿qué crees que me confesó después de una hora larga de amorosa plática? Que su amor era puro y platónico y que él – la risa no me deja escribir—que él, no sentía las groseras pasiones que sienten el resto de los hombres. Total que con veinticinco años, me resultó el poeta tan santo como el Apóstol que tenía setenta.

¿No es cierto amiga querida que esta aventura raya en lo inverosímil? Pues aún hay más. Rojo y balbuciente, me declaró que su mayor placer consistía en besar los pies de la amada; y pasando de las palabras á los hechos, besuqueaba los míos, poniendo al hacerlo los ojos en blanco y con unas contorsiones tan extrañas que aquello era para morir de risa.

No se ésta tan fantástica como verídica escena, en que hubiese acabado; pero he aquí que de improviso suena estrépito formidable en la contigua habitación y.....

Lo que aconteció entonces, será el objeto de mi próxima, pues son las doce dadas y me rinde el sueño. Te abraza tu *Sofía.*

III

Continúo mi interrumpido relato. Al escuchar aquel inesperado estruendo, que era algo así como rodar de muebles y cristalerías que se rompen, me levanté sobresaltada con objeto de ver lo que era aquello; mas no había dado un solo paso, cuando se abrió violentamente la puerta y entró en la sala como un torbellino... ¿Quién creerás que penetró en mi gabinete á aquellas horas y de tan violenta manera?. Pues muy fácil de adivinar: Rodrigo, el tercero de mis adoradores, que hallándose en todo el apogeo de su empalme, y enterado por un indiscreto de la cita

que yo tenía con el nenúfar, se propuso sencillamente estorbarla; siendo lo peor del caso, que consiguió su objeto, pues el poeta vista la altura alcohólica de su contricante, arrojó la lira porque le estorbaba para huir, y con las orejas gachas tomó las de Villadiego, y si no es porque yo sujeté á Rodrigo, abrazándome á él, aquella infausta noche, el cisne sale de mi casa con las alitas rotas.

Después de una explicación en la que nos reímos en grande á costa del trovador pedestre, cenamos Rodrigo y yo en amor y compaña y muy tranquilamente, pues has de saber que este mozo es de tal calidad, que aunque lleve el empalme á las nubes, jamás pierde el sentido, hablando y razonan-

do con gracia y acierto. Esto no quita para que haga muchos disparates y uno de ellos fué el empeño que demostró por ser mi amante desde aquel momento. Por evitar mayor escándalo tuve que complacerle, aunque confieso que al mismo tiempo me complacía á mí misma, pues siempre fué Rodrigo, el que más me petó de todos cuantos me habían cortejado.

Durante dos meses tuve amores con él, tiempo que ha sido por demás rico en sobresaltos y accidentes. Al principio todo iba bien: el chico era la simpatía misma, se cantaba flamenco, que como el primero era rumboso y desprendido como nadie; un *gachí* del bronce. Pero en cuanto tomó el terreno, convenciéndose de que me hacía tilín, to-

do se hechó á perder. Se emborrachaba más que nunca, si eso es posible en un hombre que jamás está fresco. Venía á verme á altas horas de la noche y escandalizaba á los vecinos cantando malagueñas á grito herido. Me pedía dinero para jugar y como yo tuviese la debilidad de dárselo, llegó un día hasta el extremo de empeñarme las alhajas poniéndome en grave compromiso. Y últimamente, comenzaron á darle unos ataques en los que se ponía frenético, con los ojos chispeantes, echando espumarajos por la boca: una cosa horrible. Yo no sabía como romper con él: le tenía miedo, pensando que si le contradecía, era capaz de asesinarme. Y gracias que hará cosa de un mes vinieron sus padres y según me han dicho,

se le llevaron á viva fuerza á una casa de corrección. ¡Pobrecillo, si vieras que buen fondo tenía. Era un corazón de oro!

Total que volví otra vez á mi santo y mi vida de monja. Por cierto que el Apóstol debe saberlo todo, pues ahora me da consejos y me mira con ojos cada vez más tristones. ¡Creerás que estoy casi arrepentida de haberle coronado!

. . . . . .

Esta carta ha estado quince días sin concluir porque quería darte en ella la gran noticia: lo que tú mujer practica, calificarás seguramente de insigne locura.

El pájaro va á volar. ¿Adónde y con quién?, son las preguntas que vienen á

tus labios; pues ten paciencia y lee.

Por fin he encontrado un hombre. Asústate, te lo permito, que la cosa no es para menos. ¡Un hombre!

Ya estaba el pajarito muy harto de su dorada jaula y de su santo carcelero. La libertad y el amor son mis dos únicas pasiones, tú bien lo sabes. Ni las cortinas de rico terciopelo, ni la mullida alfombra, ni mi cuarto de baño que es una verdadera monada, todo lleno de espejos y mármoles rosados, nada, nada de esto, puede satisfacerme plenamente; al contrario, este lujo me ahoga. Yo necesito para vivir aire y sentimiento, y ambas cosas me faltan aquí.

Pues bien aunque tú no lo creas las dos las he encontrado.

Frente por frente á mi habitación y en un piso bajo, vive un escultor que desde hace algún tiempo me mira mucho sin decirme nada.

Hace cinco ó seis días, presentóse de improviso en mi casa como caído del cielo, y con una franqueza muy original, aunque un tanto salvaje, me dijo lo siguiente: Que le gustaba mucho, muchísimo. Que soy demasiado bonita para vivir obscurecida en una ratonera. Que le hace falta un modelo para una Circe que está haciendo, y que yo lo soy, pero que ni hecho exprofeso. Y por último, que piensa viajar un año por Italia y que no tiene inconveniente en que yo sea su mujercita durante el viaje. Al principio no supe qué contestar á aquel escopetazo y dije como las

niñas cursis, que lo pensaría. Lo he pensado y estoy decidida.

Mi escultor es moreno, de barba negra, muy recio y muy hombrón: un hermoso ejemplar de macho de esos que por desgracia van escaseando.

Aceptada la proposición, hemos intimado para ver si el nuevo matrimonio congenia. Hacemos la gran pareja —así lo asegura Rosalía que está encantada.

Estoy en el delirio de mi entusiasmo. Mi hombre es franco, generoso, sencillo, limpio sin perfumarse, elegante sin ocuparse del vestido; es en suma una perla masculina; con que ante semejante hallazgo, ya sabes el refrán: la ocasión... la ocasión aquí tiene barba corrida.

¿Y el viejo? El santo, que se muera, como dice mi hombre de los que le molestan. Pero no, ¡pobrecito!, que viva más que Matusalén, que no han de faltar nietas que le consuelen.

¡A volar por esos mundos que la vida es corta! Dentro de un par de días te escribiré desde Venecia, la ciudad de las góndolas y las palomas.

Luz, aire, amor, libertad, de todo eso está sedienta tu loquísima amiga que te estrecha contra su corazón y que te quiere más que nunca, *Sofía*.

IV

Los hombres son todos, todos sin excepción alguna, unos grandísimos...

Pero caigo en la cuenta de que hace dos meses que no te escribo y que debes pensar ó que me he muerto, ó bien que con las glorias se olvidan las memorias, y yo me he olvidado de tí entre góndolas y palomas. Pues ni lo uno ni lo otro. En cuanto á lo primero, mi carta dará fe de que estoy viva, vivita y coleando como las pescadillas. Respecto á lo segundo he de decirte, que no he visto más góndolas que las barcas que hay en el estanque del Retiro, ni más palomas que una pareja que tiene la portera de la casa en que habito.

No obstante, no haber salido de la Corte, me han pasado las cosas más estupendas é inauditas, que tú, queridísima Carola, puedas imaginar. Aquí de

los novelistas, inventores de enredos y tramoyas: tamañitos se quedan junto á la realidad, la incansable forjadora de hechos y lances siempre nuevos.

Si mal no recuerdo, mi última carta fué escrita la víspera del día señalado para mi fuga con el escultor. Con suma discreción y sigilo se había dispuesto todo de manera que el Apóstol no sospechase lo más mínimo. Mi equipaje estaba hecho desde por la mañana y habíase transportado al domicilio del artista.

Era sábado. Al anochecer Rosalía me pidió permiso para ir á unos encargos; se lo dí, quedándome sola á la espera del viejo, que vino á la hora acostumbrada. Lo recibí muy afable y cariñosa, notando que la ordinaria palidez

de su rostro era más acentuada aquella noche: tenía el semblante descompuesto, con extraña expresión de dolorosa angustia. Preguntéle solícita si se sentía mal, contestándome que no era cosa de cuidado. Después entramos en la alcoba y sentada sobre sus rodillas me acarició, hablándome de asuntos corrientes: de una piecesilla recién estrenada con gran éxito, de una pulsera que iba á regalarme. De improviso púsose lívido, se llevó las manos al pecho, y con voz demudada me pidió de beber, porque según decía, se ahogaba. Con un tanto de sobresalto fuí presurosa al comedor por un vaso de agua; al entrar de nuevo en la alcoba, me encontré con el siguiente cuadro, á cuyo solo recuerdo se me eriza el ca-

bello. El Apóstol yacía tendido en medio de la estancia, boca arriba, en cruz los brazos, blanco como una estatua, manchada la barba por hilillos de sangre. Estaba muerto.

El terror que se apoderó de mí en el primer instante fué tan intenso, que inmóvil y muda ni podía huir, ni acertaba á gritar pidiendo socorro. Temblábanme las piernas con eléctrico bailoteo; la sangre toda parecía haberse escapado de mis venas; mis pies que eran de plomo, habían echado raíces en el suelo; tan sólo el corazón vivía en mí, latiendo con tanta violencia, que sus martillazos me asordaban. No sé cuanto duró este estado, si fué un minuto ó un siglo, sólo recuerdo que de pronto arrojé el vaso al

suelo y eché á correr como una loca.

En la escalera el frío intenso que venía de la calle me serenó un tanto; entonces comprendí que era preciso antes que nada evitar el escándalo. Mas ¿á quién llamar en mi auxilio? Si hubiera tenido allí á Rosalía..... De improviso me acordé de un médico que en el principal habitaba; subí á escape la escalera y tuve la fortuna de llamar á su puerta en el momento en que se disponía á salir. Asombróse de verme demudada y con la máscara del terror impresa aún en el rostro. Le expliqué balbuciente, pues apenas si podía hablar, todo lo ocurrido. Con galantería suma púsose á mi disposición. Bajamos juntos: examinó al Apóstol, detenidamente declarando que estaba bien

muerto. Del corazón, tal vez un aneurisma rota – dijo con vaguedad, — luego me aconsejó lo que según su parecer era más pertinente al caso.

En la cartera del pobre santo encontramos tarjetas con sus señas y con su verdadero nombre que yo ignoraba. Era nada menos que Presidente del Tribunal Supremo y jefe de un partido ultramontano: un personaje. Imponíase buscar un coche en aquel mismo instante y llevarle á su domicilio, evitando de este modo el que se divulgase su muerte en el mío. Así se hizo. 25 duros hubo que darle al ladrón del cochero. ¡Qué noche hija, qué noche más horrible! Á las dos de la madrugada se llevaron por fin al pobre Apóstol de mi casa.

Á todo esto Rosalía sin volver de la calle. Yo estaba tan nerviosa y agitada que no me atreví á entrar sola en el piso, decidiendo esperarla en la portería. Á las cuatro se apoderó de mí un sueño invencible: cuando desperté eran las ocho de la mañana y la muchacha no había vuelto aún. Entonces decidí ir á casa del escultor que sin duda alguna me aguardaba. Cuál no sería mi asombro al escuchar, que había partido la noche antes acompañado de una mujer que á juzgar por sus señas no podía ser otra que mi doncella. Se llevaron mi equipaje y mis joyas.

Díme amiga del alma, si tengo ó no razón para afirmar que los hombres son todos, todos sin excepción, unos grandísimos.....

Todos son iguales: Jenaro el que me deshonró lanzándome á esta vida; el Duquesito; el poeta; Rodrigo; el escultor; todos igualmente canallas. El único bueno que he tratado fué el viejo y eso lo atribuyo á que el pobre tenía más de santo que de hombre.

He vuelto á casa de Adela. He vendido mis muebles en cuatro mil pesetas, cantidad suficiente para vivir un año sin tener que sufrir las brutales groserías de esos, que pomposamente se llaman caballeros.

Además tengo un plan, que de realizarse, me dará posición desahogada sin necesidad de recurrir á la venta de mi cuerpo para sustentarme.

No hago más que anunciarte la idea porque nada hay aún definitivo. Voy á

ser artista. En el próximo invierno se inaugurará el *Salón Verde*, un café *concert* por todo lo alto. El empresario que es amigo de Adela me ha visto y dice de que sirvo para el caso. No se trata de tener buena voz, sino buenas formas y saber lucirlas.

Quería que debutase en un cuadro alegórico titulado *El Paraíso* y en el papel de Eva. Yo me he negado á ello, porque si empiezo en ese pintoresco traje no voy á poder luego presentarme vestida.

Mi nombre Miss Harriet. Sueldo tres duros diarios. Te juro por la amistad que nos une, que si mi plan se realiza, esos... señores, me pagan todas juntas las muchas picardías que me han hecho.

Enseguidita me dejo yo llevar de

caprichitos y enamoramientos; á no ser que me entre crisis de sentimentalismo y entonces, ¡adiós mi dinero! No respondo de mi persona.

Ya te iré contando mis lances de amor y fortuna. Cuéntame tú los tuyos y escríbeme, que sabes te quiere como siempre, *Miss Harriet.*

ÍNDICE

	Páginas
Dedicatoria	IX
Al lector	XI
La Leyenda Andaluza	1
Ganarás el Pan	13
Impresiones de un Curioso	27
Cadena Rota	41
Lo Imposible	59
Tinito	69
Sadismo Aristocrático	81
El Sueño del Anarquismo	93
Almas Grandes	103
Una Aventura	123
El Mayor Monstruo	137
La Hetera	159
Cyrano	167
Los Amantes de Sofía	175